

ANECDOTARIO

— DEL —

Lic. ADAN ACOSTA V.



EDEL

ADÁN ACOSTA VALVERDE



Lic. Adán Acosta Valverde

ANECDOTARIO

Versión 1.0 EDEL - Editorial Electrónica

<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

Reedición tomada de 1era edición de Imprenta Nacional 1953.

Hago publicar estas anécdotas de mi padre ADÁN ACOSTA VALVERDE, porque quiero que el país conserve un monumento indestructible a uno de los hombres más buenos y humildes que tuvo Costa Rica, de una agilidad mental extraordinaria, y cuya filosofía de la vida consistió en disfrutar y hacer que los demás disfrutasen de lo poco y bueno que la vida ofrece, procurando pasar por alto las tragedias constantes que la misma vida nos depara.

Alfonso Acosta Guzmán

PRÓLOGO

Se ofrece aquí al lector una colección de la mayor parte de las anécdotas de don Adán Acosta, abogado distinguido, de buena ley, hombre generoso y sincero, cuya vida dedicó al servicio de la patria, tanto en el desempeño de los importantes cargos que le fueron confiados como en sus actividades profesionales, y que, a la par del cumplimiento de sus deberes, mantuvo siempre su sentido del buen humor y sus ingeniosas y oportunas ocurrencias, que tanto bien espiritual hicieron a los que las escuchaban.

En cualquier lugar donde don Adán estuviera, y en cualquier circunstancia en que le correspondiera comunicarse o departir con sus semejantes, y tanto en los momentos agradables de su vida como en aquéllos en que tuvo que enfrentarse a las adversidades, los que con él estuvieran, amigos, conocidos o extraños, recibían el influjo saludable y bienhechor de sus ideas y de sus salidas ingeniosas, contribuyendo así, sin reservas, y con la generosidad de su corazón puesta al servicio de los demás, a aliviar la carga de la existencia de sus semejantes y a hacerles más amable la vida.

Durante el transcurso de su larga y útil existencia, fue grande el número de personas que tuvimos la dicha de disfrutar de su amistad y de la influencia admirable de sus consejos y de sus bondades, así como de sus felices ocurrencias; y ahora servirá esta publicación, a los que lo conocimos y tratamos, para recordar su originales anécdotas, a los que no las presenciaron, para disfrutar de ellas con su lectura, y a todos, como magnífico regalo del espíritu.

GONZALO SALAZAR HERRERA

PRIMERA ANÉCDOTA PUBLICADA POR "LA NACIÓN"

Iniciamos hoy la publicación de una serie de interesantes anécdotas del Licenciado don Adán Acosta, que aparecerán en esta misma página dos veces por semana. Tienen todas ellas un grato sabor tico y son fiel reflejo de la agudeza y fina ironía característica del pueblo costarricense. Don Adán que tiene un largo historial de magníficos servicios prestados al país en elevadas posiciones, fue diputado, secretario del Congreso Constitucional, Contralor de la República y jurista de altos vuelos. En la actualidad desempeña la Dirección del Registro Nacional de Prendas. Con rectitud, con la eficiencia y la solvencia moral que son indispensables para el buen funcionamiento de una dependencia de tanta importancia. Es mucho el trabajo y son muchos los años de servicios prestados al país por don Adán Acosta. Pero él hace frente a sus labores con el mismo espíritu alegre y vivaz con que ha transitado por la vida durante su fecunda existencia. De ello da evidencia palpable la siguiente y reciente anécdota:

Un amigo visitó a don Adán en su oficina del Registro Nacional de Prendas. Y quiso darle una bromita a don Adán, refiriéndose a la elegancia y belleza de algunas de las señoritas que prestan ahí su servicio.

"Don Adán, dijo el visitante, tiene usted aquí unas estupendas prendas, trabajando en el Registro". "Si, mi hijito, replicó don Adán de inmediato. Pero sepa de una vez, que estas prendas no se dejan registrar..."



LÓGICA

Con ocasión de los Días Santos me vino a la memoria una ocurrencia de mi buena madre, Mónica Valverde León, en la última Semana Santa de su existencia, en que Dios nos la prestó, para luego llevársela a su lado, porque su vida ejemplar merecía la Gloria Eterna en donde está. Sin ser fanática, fue católica ferviente. Fue la madre de los viejos Sotelas Valverde, mis hermanos, porque casó dos veces. Fue la abuela de Rogelio Sotela Bonilla, poeta insigne. Mi madrecita versificaba con gracia y bailaba: no extraña que don Rogelio, que es timbre de orgullo de sus parientes, fuera poeta por atavismo. Pero estoy saliéndome del cuento que quería contarles. Mis hermanos, los Sotelas, que, no fueron muy santos que digamos, eran alegres, honorables, bien educados y muy bien relacionados, tenían un hermano divertido llamado José Antonio. Un Viernes Santo, se le

ocurrió entrar a un garito (casa de juego clandestina), y fue tan torcido, que su mala suerte lo dejó salir sin reloj, sin chaleco, sin sombrero y sin centavos. Llegó a nuestra habitación, que era la de Toño también, y le contó a mi madre la desventura que lo dejó limpio. Mi madrecita, lamentando lo ocurrido, le dijo: "Mirá, hijito, eso te ha pasado por haber jugado a los dados, clandestinamente, nada menos que el Viernes Santo, día de recogimiento y oración, día de tristeza que conmueve a condolencia por el Santo Sacrificio de nuestro Redentor". A lo cual, Toño Sotela le contestó: "Pero mamacita, por Dios Santo, cómo se le ocurre reprenderme; acaso el tahúr que me ganó y se llevó mis cosas, jugó el Domingo de Ramos o el día de la Resurrección?" y nuestra madrecita exclamó: "Pobre hijito mío", y soltó la risa.



CUESTIÓN DE TÍTULOS

En la época de los violentos temblores del año 1910, el 8 de mayo debía asumir la Primera Magistratura el Lic. don Ricardo Jiménez Oreamuno, elegido por el Partido Republicano, cuyo caudillo popular era el Lic. don Máximo Fernández Alvarado.

Días tenebrosos fueron aquéllos, de constante alarma, pues acababa de ser destruida la ciudad de Cartago, convertida en escombros por el terremoto que produjo el volcán Irazú.

La toma de posesión no podía solemnizarse dentro del salón de sesiones del Congreso, porque las paredes y los cielos del edificio se desmoronaban por los movimientos terrestres, con inminente peligro. El diputado Secretario del Directorio del Congreso, Lic. don Adán Acosta Valverde, había organizado la celebración de tan solemne ceremonia en la Plaza de Armas, contigua al Palacio Nacional. Sobre el zacate limpio se colocaron las alfombras del recinto legislativo y los sillones de los diputados. La mesa del Directorio, arrimada a la pared, lucía con todos los rituales ornamentos. Todo aquello era suntuoso, pero no había sosiego sino constante zozobra.

Al aproximarse la hora del singular suceso, fueron llegando los altos funcionarios de los Poderes Públicos, el Cuerpo Diplomático, la Banda Militar y todos los elementos oficiales.

Entraba el embajador del Gobierno español, recibido por los Secretarios, y al ver aquel improvisado escenario a la intemperie, dirigiéndose al diputado Lic. Acosta, le dijo:

El representante de España no puede sentarse en este sacate, en acto tan grandioso; soy don Pedro Quartín y del Zas Caballero...

Entonces don Adán, humilde y cortésmente, repuso:

—Su Señoría dispense; la furia del volcán Irazú no nos permite entrar al salón de sesiones y nos ha obligado a instalarnos aquí, en este potrero, en protección de las vidas preciosas de todos ustedes, la mía en cuenta aunque sea un modesto representante del pueblo, llamado apenas ADÁN ACOSTA VALVERDE, CHORRO MEDORRO Y MARTÍN PEDORRO...

Y el distinguido diplomático hispano, sonriendo y dando las gracias, ocupó su silla.



SALVADOS

Corría el año 1910. Iniciado apenas el gobierno del ínclito don Ricardo Jiménez Oreamuno, era Presidente del Congreso Constitucional (hoy Asamblea Legislativa), don Ezequiel Gutiérrez Yglesias y Primer Secretario nuestro don Adán.

En una de las primeras sesiones parlamentarias de mayo, el diputado licenciado don Rabio Baudrit González, sempiterno y fino humorista, que siempre gozó del sincero aprecio de sus colegas, cuando se discutía el Presupuesto, en el Capítulo de Gastos del Congreso, pidió la palabra y se levantó para proponer, con toda seriedad, que se eliminara la partida de Dietas y Sueldos de los Diputados.

Al concluir don Fabio, las barras aplaudieron frenéticamente. Aquello cayó como una bomba. Entre cuchicheos, general alarma y sordas protestas, la sorpresiva moción fue sometida a debate. Nadie la refutó, excepto el licenciado Faerron (don Chico), quien valientemente soportó la rechifla del público.

El Secretario licenciado Acosta Valverde formuló la ritual pregunta:

-¿Se da por suficientemente discutida la "moción Baudrit"? Los señores diputados que estén por aprobarla se servirán manifestarlo poniéndose de pie.

Todos los legisladores se levantaron en señal de asentimiento. El señor Presidente Gutiérrez Yglesias pidió entonces al Primer Secretario el resultado de la votación, y don Adán le contestó con voz clara y firme: Desestimada. Y don Ezequiel confirmó tajante: Rechazada...

El beneplácito de los Padres de la Patria fue unánime.

Y el proponente, licenciado Baudrit González, abrazando efusivamente a don Adán, le dijo: Nos salvaste, viejo...



SÚPLICA

Cuando Alfonso Acosta, único hijo de don Adán, se fue a estudiar a Alemania, se encontraban varias personas despidiéndolo a bordo de un barco holandés, el cual tardaría un mes para llegar a Europa y que estaría 18 días entre mar y cielo, sin tocar puerto alguno.

Don Adán hacía cucharas y casi soltaba ya el llanto.

El capitán, que hablaba español y era un hombre bueno, sintió compasión por don Adán y le dijo:

Comprendo su tristeza, señor; yo también tengo un hijo de la edad del suyo. Si algo puedo hacer por su muchacho, dígamelo y con gusto lo habré de complacer.

Don Adán, a pesar de su estado de ánimo, le dijo:

Bueno, capitán; hágame el favor y no me lo deje salir de noche ...



CAJERO INTELIGENTE

Desde años, el Lic. don Adán Acosta Valverde ha sido uno de los mejores amigos con que ha contado la colonia china radicada en el país.

En días pasados, uno de sus clientes en Volcán de Buenos Aires, le remitió un cheque contra uno de los Bancos en esta capital, en pago de servicios profesionales, girado a la orden de «LAN COTA».

Al presentarlo al cobro el propio don Adán mostró su cédula de identidad, pero el cajero se negó a pagarlo alegando que estaba a nombre de otra persona.

—No señor, insistió don Adán, éste soy yo mismo, así me llamo en idioma chino: «LAN COTA»...

Y el cajero convencido, y sin poder contener la risa, hizo efectivo el cheque.



MALENTENDIDO

Fue en la época del legendario tranvía, cuando el Lic. don Adán Acosta Valverde, para trasladarse a su bufete, viajaba en uno de aquellos carros tan lleno de gentes, que muchos iban de pie, «guindando de un cuerito», como él solía decir.

Al aproximarse el vehículo a la esquina donde el Lic. Acosta tenía que apearse, y estando el paso a la salida sumamente incómodo, éste exclamó en alta voz:

—Campo, señores, que me voy a arrojar, que ya me arrojo ...

Todos los parados y «guindando de un cuerito», al escuchar aquello, dejaron libre el paso y entonces don Adán, bajando tranquilamente del tranvía, dijo sonriendo:

Idiay, viejitos, qué creyeron, que iba a botar el rancho...



CUESTIÓN DE NOMBRE

Se encontraba don Adán Acosta pelándose en una barbería josefina, rodeado de gentes que esperaban y por supuesto todos, mientras el barbero «le trabajaba» la cabeza a don Adán, escuchando sus cuentos. En esa pasa al otro lado de la calle frente a la barbería don Miguel Ruiz, padre del legendario don Miguel Ruiz Herrero, fallecido no hace mucho. Resulta que don Adán le debía a don Miguel 200 pesos de ese tiempo. A don Miguel se le ocurrió mandar un testafarro a cobrarle en voz alta, para avergonzar a don Adán delante de la clientela en la barbería. Así lo hizo efectivamente y don Adán le contestó como sigue al testafarro frente a la clientela: «dígame a don Miguel que me lo paso por la nariz y que agradezca que no se llama Angulo».



EN EL CINCUENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DEL BANCO NACIONAL

Con ocasión del cincuentenario de la fundación del Banco Nacional de Costa Rica, estimamos oportuno reproducir una anécdota de nuestro distinguido colaborador, licenciado Adán Acosta Valverde, quien tuvo una activa y connotada participación en el

gobierno del licenciado don Alfredo González Flores del que, sin ponderación, se puede decir que fue Ministro sin Cartera. Y, además, de los destacados ciudadanos que como diputados integraron el Congreso Constitucional, que por gran mayoría aprobó la iniciativa el Presidente González Flores para crear el Banco Internacional de Costa Rica, es el licenciado Acosta Valverde único sobreviviente que se mantiene firme con su vivaz inteligencia y singular buen humor, lo que deseamos sea por muchos años más.

Dice la anécdota:

Don Adán prefiere hoy referirse a la creación del Banco Nacional de Costa Rica, obra cumbre de su íntimo amigo e Presidente licenciado don Alfredo González Flores. Y comenzó diciéndonos:

-Es que yo puse mi granito de arena en aquella hazaña, aunque no fuera más que para llevar recados al Banco de Costa Rica, colaborar en la redacción del decreto creador, trasladar el proyecto a la Imprenta Nacional y gestionar, como Secretario del Congreso Constitucional, ante mis compañeros del Legislativo, simpatizadores todos de la labor de gobernante.

Sufríamos entonces, como todas las naciones del mundo, los primeros quebrantos causados por la guerra de 1914, en nuestro régimen fiscal; la Administración González Flores afrontaba graves restricciones y nuestro Presidente, técnico hacendista, esforzado y valiente, se iniciaba en las leyes de emergencia con que pretendía prever los males que sobrevenían. El Congreso, con fe en el gobernante, presionado por la alarma ante la merma de las entradas del Tesoro y sobre todo la aduanera que ya era nula, pues no volvieron barcos a nuestros puertos, le otorgó al Gobierno facultades extraordinarias, dictadura económica que don Alfredo usó prudencialmente y cuyos decretos ratificó a la postre el Congreso, revalidándolos. Muchas fueron las medidas decretadas por el Presidente y refrendadas por sus Secretarios de Estado. Y aquí vienen mis actividades: don Alfredo me mandó al Banco de Costa Rica, a decirle a su Gerente, don Alberto Ortuño (de grata memoria), que necesitaba UN MILLÓN DE COLONES para cubrir necesidades urgentes de la Institución. Don Alberto convocó a la junta directiva de la institución, y cuando volví a saber el resultado me dijo:

«Lo siento mucho, pero la directiva negó el préstamo». Comuniqué a don Alfredo la negativa, y de nuevo me pidió decirle a don Alberto que si no le prestaban el millón de colones, él crearía un Banco en seguida. Fui a ver nuevamente al señor Ortuño, y me expresó cosa parecida: «La directiva acordó decirle al Presidente González que haga su Banco...»

El decreto fundando el Banco Internacional de Costa Rica, fue redactado de inmediato, y luego de firmado me tocó a mí el placer de llevarlo a la imprenta para su promulgación.

La nueva institución bancaria se creó con cuatro Bonos del Tesoro, que emitiría el Banco, más 332.800 libras esterlinas en Bonos del Empréstito Inglés, sobrantes de un arreglo. Una junta directiva de siete miembros, independientes e inamovibles, manejaría la entidad.

Los adversarios de don Alfredo hicieron burlas duras y hasta groseras. Algunos dijeron que la creación del Banco era como HACER CHOCOLATE SIN CACAO ... Pero, qué chocolate nos resultó. No ha habido otro con tanto CACAO, espeso y bien batido...



AMENAZAS

Antaño, cuando yo era alguien, fui asiduo concurrente al Teatro Nacional; amante de la buena música y admirador e nuestros artistas nacionales. Teníamos entonces como para enseñar digamos- a la cantante Zelmira Segreda Solera que, además de su presencia elegante, su carácter afable y simpático, nos deleitaba con su voz de soprano que lucía por donde quiera que la llevaban a cantar. La veíamos frecuentemente acompañada con su hermano el no menos agradable artista cantor, el doctor don Francisco Segreda, afamado médico y cirujano, y también a' nuestro querido amigo Coronel don Alejandro Aguilar, aplaudido tenor de prestigio: formaban un terceto musical distinguido. En aquel tiempo tuvimos el privilegio de que nos visitara la cantante de fama mundial, de voz aguda singular, la señora italiana Sorino. Se formó un conjunto de cuatro voces. Se anunció el concierto; cartelones por todo el país. Alegría general. El debut tuvo lugar en seguida, en nuestro gran Teatro. Llegó la noche. El teatro estaba repleto. Pero la función no empezaba. Algo la atrasaba. El público estaba impaciente y prorrumplía en gritos. De aquella vociferación, salió de repente una voz disonante, áspera y aguardentosa, que exclamaba: «QUE CANTE ZELMIRA o LA SORINO. La función empezó por supuesto con aplausos y risas.

Y conste que no es chisme, fue real. Pero si le parece poco, puedo agregarle -ya que nombramos a nuestro recordado don Cano Aguilar algo que nos pasó; íbamos al Mercado Central; don Cano era guasón, no obstante su seriedad, por eso íbamos juntos y hasta revueltos. Le faltaban en la mano derecha dos falanges, a causa de un accidente, circunstancia que aprovechaba para darle bromas a sus amigos. Frente a un montón de anonas nos detuvimos: don Cano agarró una, la mejor por cierto, y preguntó a la viejita que las vendía: «¿Cuánto vale esta anona?» «Un colón, señor, pero por Dios, no me le meta los dedos». Don Cano riéndose le dijo: «Si no los tengo metidos, ojalá pudiera».



FRESCURAS

Para los lectores de La Nación, nos refirió don Adán un suceso jurídico, que le ocurrió cuando ejercía el honroso cargo de Juez Primero Civil de San José, en 1909, caso en que figuraron dos personas cuyos nombres se reservó por haber fallecido años ha y de quienes sólo dio sus iniciales: R. P. y E. G.

«El señor E. —contó don Adán—, promovió un prejuicio de posiciones contra el señor R. Tramitado por el magnífico Secretario del Juzgado y excelente amigo mío, don Francisco Calderón Hernández, fue citado el señor R., quien compareció a declarar; abierto el pliego de las preguntas y admitidas que fueron, previo el juramento de ley, me dirigí al indiciado y lo interrogué así: «Don E., que está presente, pregunta a usted si es verdad, como lo afirma, que usted le adeuda de plazo vencido diez mil colones que le facilitó en arrendamiento». Don R. contestó: «Es cierto, señor Juez». Otra pregunta: «Si es cierto que usted no le pagó, no obstante haber prometido irle pagando poco a poco, hasta cancelar ... » Respuesta de don R.: «Es verdad, señor Juez, Y MAS POCO A POCO NO PUEDO IR...» Ante esa salida no pudimos contener la risa mi Secretario y yo. Terminado el trámite y los cuatro firmamos el acta. Y, en seguida, don E., el acreedor, exclamó: «Menos mal que tengo un título ejecutivo y voy donde mi abogado para que pida el remate de una finca que don R. me dio en hipoteca, como garantía de los diez mil colones». En efecto, a los ocho días presentó don E. una ejecución hipotecaria. Señalado el día para el remate, el propio acreedor se adjudicó la finca, pero al ir a localizarla no la halló en ninguna parte; estaba inscrita mediante título supletorio, con esta descripción: «Terreno con casa, pastos y cafetal, situado en LAS NUBES, distrito primero, cantón primero de la provincia de Cartago» Don E. acusó la estafa. El deudor, don R, nombró su defensor al licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno, que fue al Juzgado a enterarse de la audaz felonía, y después buscó al cliente para decirle que no aceptaba su defensa y que saldría perdidoso. Pasados algunos meses, don Ricardo se encontró con el hombre y le preguntó:

—Idiay, R., ¿cómo te fue en aquella causa?

Y R. contestó:

—Muy bien, me robé el expediente ...



CUESTIÓN ESPACIAL

En aquella aciaga época, «entreto de nuestra vida institucional», como él mismo la califica, la Penitenciaría encerraba cientos de ciudadanos adversarios del régimen, y entre ellos don Adán ocupaba una de las peores celdas de la prisión, acompañado de su amigo y colega el poeta licenciado don José Albertazzi Avendaño.

Los visitaba, de vez en cuando, el Ministro de la Guerra, General don Joaquín Tinoco, noble y generoso con sus enemigos. Al revés de su hermano, siempre disculpaba los atropellos que le atribuían, asegurándole a los prisioneros que ocurrían contra su voluntad, y con frecuencia les ofrecía ayudarlos en sus necesidades. Desde luego, nadie le aceptaba nada, pero le manifestaban sus agradecimientos.

En una de las visitas al calabozo donde estaba el licenciado Acosta Valverde, el General le dijo que en qué podría servirle para complacerlo, y don Adán le respondió jovialmente:

-Hombre, aquí lo único que nos hace falta en este elegante y espacioso salón es un par de patines para recorrerlo a lo largo y lo ancho del brazo del compañero Albertazzi, mientras llega la hora de nuestro fusilamiento.

El calabozo tenía una superficie de cuatro por. cuatro metros ...



DECISIÓN

Se encontraba don Adán recluido en la Penitenciaría Central como reo político, en tiempo de los hermanos Tinoco, y con muy pocas esperanzas de que lo pusieran en libertad.

Era en ese entonces primer comandante del penal el Coronel Alfredo (Pilelo) Mora, quien a pesar de las ideas políticas trataba a los detenidos con toda consideración.

Un día, a la hora en que se permitía a los reclusos «tomar el sol» en uno de los patios interiores de la prisión, se presentó muy alterado el Dr. Ramón Zelaya (también recluso), y dijo:

—He sabido de muy buena fuente que van a quitarnos a Pilelo y vendrá en su lugar Patrocinio Araya (una de las figuras más temidas y siniestras del régimen) ...

Al oír tal cosa don Adán, que se encontraba recostado en el zacate del patio, se incorporó y expresó solemnemente: -Eso sí que no lo permito. Por una puerta entra Patrocinio y por la otra salgo yo ...



UNA HISTORIA IMPORTANTE

Como de costumbre, pasamos a visitar a don Adán, a ver si tenía alguna novedad que transmitirnos, y entonces nos dijo:

—Propiamente relato notable, tal vez no sea lo que voy a contarle, pero sí como dato histórico para quienes no lo saben. Me refiero al origen de la llamada CASA AMARILLA, asiento en San José del Ministerio de Relaciones y Culto, importante sede internacional de la República, en cuya instalación puse un granito de arena. La Corte de Justicia Centroamericana, Alto Tribunal que conocía allá por el 1889 de los conflictos o desavenencias frecuentes entre los gobiernos de la América Central, y cuyos fallos restablecían la paz, actuaba en la ciudad de Cartago, en un palacio que había donado el bondadoso millonario norteamericano Mr. Carnegie. El terremoto de 1910, el 4 de mayo, destruyó totalmente aquella edificación, y la Corte cesó por falta de local. Cuando el generoso y filantrópico Mr. Carnegie, aP9S tol de la paz, se enteró del infausto suceso, expresó su propósito de reconstruir el edificio, y en 1915, insistió en su noble empeño; se dirigió al entonces Presidente de la República Lic. don Alfredo González Flores, reiterándole su deseo. Don Alfredo aceptó desde luego, y le rindió su reconocimiento. Mr. Carnegie condicionó su oferta a que el nuevo Palacio se edificara en San José, para evadir el peligro de los terremotos. El Presidente Lic. González Flores me confió el honroso encargo de buscar el terreno adecuado para ubicar el edificio que habría de servir de **Palacio de la Paz Centroamericana**, advirtiéndome que la compra la hiciera en mi nombre particular, a fin de lograr un precio módico. Pronto hallé el lugar, al costado Norte de la Fábrica Nacional de Licores. Era un terreno de condueños; busqué a cada uno de ellos, me vendieron sus derechos, y pagué a todos. En seguida se le avisó a Mr. Carnegie y se emprendió la obra con operarios nacionales, ingenieros norteamericanos y los planos y planillas fueron pagados puntualmente con los dineros que aquel singular benefactor giró a la orden del Gobierno de Costa Rica. Nada quedó a deberse, y concluido el edificio lo inscribí en el Registro de la Propiedad, integrando un solo inmueble. Puede verse esa inscripción así: Finca No. 45502, Tomo 858, Folio 20, Asiento 14. En esos días ocurrió el cuartelazo que derrocó a don Alfredo. Yo mantuve a mi nombre las inscripciones de la propiedad del **palacio de la Paz Centroamericana**, en espera del restablecimiento institucional de la República. En cuanto el Lic. don Francisco Aguilar Barquero asumió el Poder, otorgué la devolución del Palacio, reintegrándolo al patrimonio del Estado. Así está hoy, sin gravamen alguno, un lucido

edificio. Y yo muy satisfecho de haber cumplido con el encargo de mi recordado amigo don Alfredo.



CUESTIÓN DE IDENTIDAD

Un campesino cliente de don Adán llegó un día a buscarlo a su casa de habitación, a la hora del almuerzo. Quería que se hiciera cargo de un asunto judicial de urgencia. El Lic. Acosta Valverde lo atendió personalmente y le dijo que fuera a las tres de la tarde a su bufete, en Las Arcadas. Y como el cliente manifestara no conocer bien la ciudad de San José, se entabló el siguiente diálogo:

¿Sabe dónde está el Teatro Nacional...? Eso sí, señor ...

Pues en el puro frente quedan Las Arcadas, y allí mismo mi oficina. A las tres de la tarde lo espero, y si usted ve en la puerta a un hombre muy parecido a mí, sin duda, ese debo ser yo ...



PALABRAS DESHONESTAS

Durante el período legislativo 1910-1914, fue presidente del Congreso Constitucional, el Jefe del Partido Republicano licenciado don Máximo Fernández y primer Secretario el licenciado don Adán Acosta.

Una tarde, a poco de iniciada la sesión, fue leída una nota de la Municipalidad del entonces cantón de «PACACA» en la que se rogaba a los señores diputados decretar el cambio de nombre de aquella comunidad por uno más eufónico y elegante.

La iniciativa de los progresistas municipales pacaqueños fue acogida con unánime simpatía y, previa dispensa de trámites, se aprobó inmediatamente el Decreto respectivo.

El primer Secretario, licenciado Acosta, lo comunicó a la Municipalidad telegráficamente, diciendo que en lo sucesivo se llamaría «CANTÓN DE MORA», y su cabecera «VILLA COLÓN», rememorando la gloriosa vida del presidente Mora y del Almirante Cristóbal Colón. Y de su cosecha humorística don Adán agregó:

«No es remoto que en los Estados Unidos de Norteamérica, sabedores del noble gesto y buen gusto de ustedes, se decrete también el cambio de los nombres de «CHICAGO» y «TORPEDO».



CONFUSIÓN JURÍDICA

En esta ocasión, don Adán nos relató:

«Fui Alcalde de Grecia hace años, en mis mocedades, de allí brinqué a Santa Cruz de Guanacaste; al dejar la Alcaldía de aquella próspera tierra dulcera, quedaban dos asuntos listos para sentencia, con relación de hechos redactada por mí. Los Considerandos y el Fallo tocaban a mi sus- 1.i luto, un buen señor cuyo nombre me reservo porque ya falleció y sus descendientes merecen mi afecto y consideración particulares; pero a decir verdad, poco sabía el nuevo alcalde lego del trajín jurídico. Los dos asuntos eran, uno 11obre un añejo litigio en que dos músicos se disputaban la propiedad de un acordeón alemán, y el otro, una causa penal por delito de rapto, de muy discutible competencia de la Alcaldía. Desde Santa Cruz tuve la curiosidad de averiguar cómo había resuelto ambos casos el novato Alcalde, y cuál no sería mi sorpresa y mi risa, al saber que el pleito de los dos acordeonistas, tanto en los Considerandos como en el Por Tanto, mi sucesor mencionó repetidamente EL SEMOVIENTE ACORDEON; y que en el caso del rapto, el FALLO condenó al actor a casarse con la menor raptada, si estuviera anuente; y si no hubiere matrimonio, a sufrir seis meses de prisión y la pérdida del instrumento del delito. Ambas sentencias fueron apeladas; los jueces de Alajuela, el Civil, confirmó rectificando que el ACORDEON NO ES SEMOVIENTE; y el Juez Penal anuló el fallo en cuanto a pena accesoria por improcedente e impracticable, y confirmó en lo demás ...»



GEOGRAFÍA PATRIA

En la Administración González Flores, el Presidente don Alfredo aceptó una invitación que le hizo su edecán, don Maximiliano Soto, dueño de las valiosas haciendas ganaderas Miravalles, Tenorio y Rincón de la Vieja. La comitiva oficial la formaron de esa vez no solamente los amigos de don Alfredo, sino también señoras y señoritas allegadas a la familia González Flores. La recepción fue espléndida: banquetes exquisitos y bailes con marimba y guitarras, y una alegría indescriptible. Don Alfredo recorrió los campos, muy complacido, admirando la gran cantidad de animales bovinos, cuidados con esmero, y caballos de razas varias y finas, que por la nobleza de don Maximiliano, iba conociendo el Presidente. En una de aquellas comidas, servidas en la

hacienda Miravalles, entre las invitadas se hallaban lindas y guapas muchachas llegadas de San José, una de las cuales lucía un honesto escote. Nuestro don Adán, se mantenía de pie, sin tomar asiento, detrás de la niña del escote. Lo miró don Alfredo y le dijo: «Hombre, Adán, de ahí estás viendo el volcán MIRAVALLES». A lo que don Adán, maliciosamente, le contestó: «No, por cierto, lo que estoy admirando es el RINCÓN DE LA VIEJA». La señorita, por supuesto, no se dio cuenta de la curiosidad de don Adán.



ES PREFERIBLE

Allá por el año 1919, hubo en el país, y con mayor incidencia en San José, una grave epidemia de gripe, que costó muchas y apreciables vidas.

Cuenta el doctor Alfonso Acosta Guzmán que una mañana, de uno de aquellos aciagos días, su señor padre, don Adán, y el Lic. don Salvador Bonilla regresaban del entierro de un buen amigo, víctima de la terrible epidemia, y entablaron el siguiente diálogo:

Don Adán—»La cosa es grave, por lo que creo que no volveré ni a bañarme ni a afeitarme».

Don Salvador—»¿Y eso qué tiene que ver con la gripe ... ?»

Don Adán. «Pues, hombre, para no arriesgarse. Porque es preferible que digan, allá va el puerco, que no el cuerpo, de Adán Acosta...»



CUESTIÓN DE SONIDO

Ocurrió durante la segunda administración de don Ricardo Jiménez. Manteniendo una costumbre de tiempos de la Colonia, para anunciar la hora oficial a las doce meridiano en punto se quemaba una bombeta de doble trueno. Un día nuestro don Adán; que durante veinte años sirvió ininterrumpida y eficazmente la Jefatura de la Oficina de Control (hoy Contraloría General de la República), fue preguntado por don Gerardo Vargas Arce, entonces Auditor de Hacienda, a qué partida del Presupuesto se cargaban los gastos de esa pólvora, ya que no calzaban en ninguno de sus renglones. A lo que don Adán, expedito y jovial, le repuso:

—Mire, Gerardo, cárguelos a Bandas Militares, de todas maneras son gastos que suenan ...



CASO INSÓLITO DE LA JUSTICIA NACIONAL

Allá por el año 1904, siendo el licenciado don Adán costa Valverde Juez del Crimen de Santa Cruz de Guanacaste, se le presentó una acusación por homicidio, imputada don Antonio Cabalceta, vecino del lugar, y apareciendo como occiso el señor Braulio Alvarado.

El libelo acusatorio hacía un espeluznante relato así: en un rancho situado en Tempate de Santa Cruz, Braulio ha sido asesinado a machetazos y los pedazos de la víctima fueron envueltos en una capa de hule y llevados al mar, donde el victimario los hizo desaparecer entre las ondas del Pacífico. Se ofreció como prueba la declaración de dos mujeres del vecindario, y la inspección ocular del rancho donde se consumó el crimen, y las huellas visibles de la sangre en el trayecto desde el rancho hasta el mar.

El Juez, licenciado Acosta Valverde, admitió la acusación, y con presteza practicó la prueba propuesta. Las dos mujeres declararon, diciéndose presenciales del horrible suceso, confirmando los detalles que contenía la acusación; y lo más horripilante fue la inspección ocular del Juez y su secretario, confirmada en los autos del sumario, ya que ellos «vieron» el surco de la sangre y el trecho de la vereda hasta la playa donde se extinguía sobre las olas ...

El Juez don Adán, conocedor de ambas partes, sospechó que se trataba de algo fantástico y capcioso, y no obstante la circunstancia de ignorarse el paradero de Braulio Alvarado, recibió la indagatoria al supuesto victimario, quien indignado rechazó el cargo, dejando ver su inocencia, y prometiendo investigar el sitio donde Braulio -amigo suyo- estuviera.

El licenciado Acosta, perplejo, pero con la convicción de que todo era una artimaña y una infamia increíble, ya que Cabalceta nunca pudo ser autor de tal delito, se abstuvo de enjuiciarlo, pero le exigió una fianza por veinte mil colones, para dejarlo en libertad, a fin de que se empeñara en dar con el paradero de Alvarado. Cabalceta aceptó y se fue hasta Nicaragua, con tan buen éxito, que allá en Nandayme encontró a su amigo Braulio y se lo trajo consigo para presentarlo a don Adán.

El Juez había triunfado. Hizo retratarlos a los dos, «asesino y muerto», abrazados cordialmente, y la fotografía quedó agregada al proceso.

El supuesto difunto y el imaginario matador, presentaron un escrito reclamando el sobreseimiento definitivo y pidiendo el enjuiciamiento de las dos perjuradas que cooperaron a la malvada y perversa imputación.

El Juez don Adán, actuó jubiloso, satisfecho de haber salvado a un inocente; dictó el sobreseimiento definitivo y la Sala Segunda lo confirmó, desde luego.

No será chiste, pero fue verdad. Y don Adán, al respecto nos dijo:

Fue cierto, al defender de la maledicencia humana a un hombre bueno y honrado, resucité a otro y lo hice comparecer después de que lo habían «asesinado», esto sí es broma ...



RAZÓN PODEROSA

Como saben nuestros lectores, don Adán fue encarcelado por motivos políticos. En la Penitenciaría su vida estaba consagrada a dar ánimos a sus compañeros. Todos le querían y le respetaban. Este respeto y cariño no quitó el que un buen día sus compañeros mostraran su extrañeza, acompañada de sonrisas, al ver a don Adán con la cabeza completamente afeitada, al estilo de Yull Brynner. Don Adán observó las risitas, y comentó con sus acompañantes:

—Creo que las risas van a tener que tragárselas cuando sepan que mi «afeitada» se debe a que mañana en la madrugada nos van a fusilar ... y quiero que cuando me maten estar cuando menos, limpio y aseado.

Don Adán al no disponer de peluquero, consideró que una buena rapada era el mejor aseo.



SEGURIDAD ANTE TODO

Era un mes de diciembre, en aquellos añorados tiempos en que en el Mercado Central de San José se conseguía a precios asequibles para el consumidor, sanas y gordas, y «vivitas y coleando», toda clase de aves para las cenas navideñas.

Caminaba don Adán por aquellos rumbos en compañía de su buen amigo y colega, el Sr. don Salvador Bonilla, cuando de pronto se detuvo el Lic. Acosta Valverde frente a un sitio donde vendían unos «famosos chompipes», y se quedó mirándolos pensativamente ...

—¿Estás escogiendo alguno? le preguntó don Salvador.

—No, hombre, repuso rápido don Adán. Estaba pensando en que si yo fuera chompipe, desde fines de noviembre me perdía en el monte, y no volvía a aparecer sino allá por febrero o marzo.



FUE EN UN INCENDIO

Un asiduo lector de las anécdotas del licenciado don Adán Acosta Valverde (entre los que se cuenta, según nos lo ha manifestado personalmente, nuestro Cristián Rodríguez, nos remitió la que transcribimos textualmente:

«El recordado patriarca costarricense, recientemente fallecido, don Abelardo Rojas Quesada, era amigo íntimo y pariente de don Adán. Una vez, estaban ambos en Grecia, en la solariega casona de don Abelardo, cuando don Adán encendió un puro tan grande, tan aromático y tan fino, que don Abelardo le preguntó al fumante, con cierto tono entre irónico y jovial:

—Hombre, ¿qué se hizo el compañero de ese exquisito tabaco ... ?

A lo que don Adán, como siempre vivaz y oportuno, respondió:

—Desgraciadamente, el pobre murió quemado...»



CUESTIÓN DE FERRETERÍA

Don Adán fue abogado de un vecino de Santa Ana, llamado don Moisés.

Hombre sencillo y cordial, con una innata sagacidad y una singular ocurrencia para expresarse.

Un buen día, llegó como de costumbre, al bufete del licenciado Acosta Valverde, a imponerle un asunto familiar y pedirle consejo.

En el curso de la conversación, el licenciado le preguntó:

—Bueno, ¿y cuántos hijos tiene usted?

A lo que don Moisés contestó socarronamente:

—Mi familia la formamos mi mujer y yo, además tres bisagras y dos picaportes.

Entonces don Adán le aconsejó:

—Pues hombre, le falta un atornillador para socarle a las bisagras los tornillos y que así pueda usted completar su ferretería.



POLITQUERÍAS HISTÓRICAS

En la época electoral 1908-1910, el jefe del Partido Republicano, Lic. don Máximo Fernández Alvarado, organizó una convención para elegir el candidato a la presidencia de la República para el período 1910-1914. La Asamblea General del partido se reunió en el Teatro Variedades, con asistencia de cinco delegados por cada cantón, escogidos por los vecinos fernandistas. Más de 300 ciudadanos se congregaron y después de bastantear sus poderes, el jefe don Máximo pronunció un elocuente discurso proponiendo la candidatura del Lic. don Ricardo Jiménez Oreamuno. La conformidad con la recomendación del jefe, fue unánime y la alegría insólita. Se recibió la votación nominal y el resultado fue un éxito rotundo. Una comisión nombrada por don Máximo y encabezada por don Ramón Tenorio Vidaurre, Delegado por Nicoya, se encargó de llevar la nueva a don Ricardo y acompañarlo al recinto de la Asamblea donde se reunió la convención. Al llegar don Ricardo, aclamación ruidosa lo recibió. Luego pronunció un discurso magnífico, aceptando y agradeciendo el honor de la candidatura, y terminó la convención. Siguió en seguida la propaganda con gran actividad. Mas, surgió inesperadamente un poderoso enemigo de la candidatura de don Ricardo: el clero. Un grupo selecto de sacerdotes, propalaba el temor que los tenía alarmados ante el peligro de la presidencia en manos de un liberal, ateo, laico y librepensador, concepto que tenían de don Ricardo. Y aquí viene la anécdota de don Adán Acosta, que era entonces el Juez Primero Civil de San José. Como elemento fidedigno del Partido Republicano, se entrevistó con don Máximo, y le dijo: «vea patrón, la situación es crítica; la opinión de los clérigos pesa enormemente en la política nacional. Los católicos temen a don Ricardo sin motivo que justifique ese repudio: es un error. Yo tengo que desvanecer urgentemente esa opinión falsa. Y o tengo el remedio. La publicación profusa, en hoja suelta, que haga patente un famoso fallo redactado por don Ricardo cuando era Presidente de la Corte Suprema de Casación, sentencia que dictó en defensa del culto religioso, brillante, que tranquilizará a nuestro magnífico Obispo Stork».

Fue un caso ocurrido en Palmira de Guanacaste. El señor Crescencio Estrada Gómez, desde el púlpito de la ermita contó en broma la historieta antigua de un predicador que en vez de leer «San Francisco era tan humilde que comía como vestía y dormía sobre una vieja tarima», leyó: San Francisco comía como bestia y dormía sobre una vieja. La

policía del lugar, apresó a don Crescencio, y aunque el Juez de Liberia lo absolvió, la Sala Segunda lo condenó. El defensor interpuso casación alegando que en la ermita no estaba expuesto el Sacramento, y que el Santo estaba tapado con manto y que todo fue broma para los carpinteros que se hallaban trabajando.

La Corte de Casación del Tribunal Supremo de Justicia, mantuvo la condena, refutando los argumentos de la defensa, sobre los CONSIDERANDOS que redactó don Ricardo, Presidente del Tribunal, así: «no puede decirse que un templo pierde su carácter porque en él se lleven a cabo obras de reparación o mejoras menudas. El no haber Sacramento no es condición para que un lugar destinado al culto católico goce de la protección de la ley, para rodear de respeto al lugar que los fieles de cualquier religión lícita, consagran su Dios, y en el cual ejercitan públicamente su culto. No porque esté cubierta la imagen de un santo puede darse como si no existiera. El hecho de subir al púlpito un seglar, con espuelas, machete al cinto y sombrero calado, y ante la imagen del santo, proferir las palabras de que «San Francisco comía como bestia y dormía sobre una vieja», es, a no dudarlo, un ultraje de objetos al culto católico, pues actos de esa índole producen grave escándalo en quienes profesan ese culto».

Aquella publicación autorizada por don Máximo, bastó para apaciguar a nuestro querido Obispo Stork, para que el honorable Clero católico rectificara el falso concepto que lo tenía alejado del candidato Jiménez, y fueron los sacerdotes fervorosos adictos suyos. Y en la presidencia de don Ricardo, sus relaciones con la Iglesia, fueron siempre cordiales. El famoso fallo está en la colección de sentencias de 1892, página 170 a 174.



CUESTIONES SÍSMICAS

—Usted también debía decir algo acerca de esta plaga de ceniza que ya nos acongoja, sin esperanza de llegar a un fin ...

A tal requerimiento, don Adán, jovial y oportuno como siempre, repuso:

—Pues hombre, esa lluvia de ceniza parece no ofrecer peligro alguno, siempre que no sea precursora de temblores. En años anteriores la misma calamidad azotó en mayores proporciones, pero al fin volvió la calma. No hay otro recurso que la paciencia; las leyes que rigen la Naturaleza, son inmutables. Ya vendrá el sosiego. En cuanto a los sacudimientos terrestres, llámense terremotos por hundimiento, temblores tectónicos o terrevolcánicos, nada se sabe a ciencia cierta sobre sus causas: todos son ondulaciones de la tierra, efectos de las contracciones y expansiones de la corteza terrestre; pese a los esfuerzos científicos de nuestros profesores y tratadistas de Geología y Sismología, poco se ha avanzado. Se llegan a fijar las direcciones de los movimientos, fallas o grietas,

montañas afectadas, intensidad y efectos de los sismos, la magnitud de sus daños en campos y ciudades, pero no alcanzan los estudios a fijar ninguna previsión. Útiles, sin duda, los sacrificios de nuestros sabios, pero vanos al fin.

Cuentan que hace un tiempo, uno de los Ministros de Costa Rica, a quien se le habló de la necesidad de proveer modernos equipos para el Servicio Meteorológico Nacional, contestó que con mucho gusto propondría el gasto correspondiente, siempre que se pidiera un sismógrafo que anunciara con tiempo los terremotos ...

Y, a propósito, bueno es recalcar que entre los aficionados al estudio de los temblores, tuvimos un verdadero geólogo: don Pedro Nolasco Gutiérrez, que en su almanaque del año 1910 pronosticó los terremotos del 13 de abril y el 4 de mayo. Como DÍA CRÍTICO señaló al día 13 de abril y como DÍA SOSPECHOSO al 4 de mayo de aquel año, en que se registraron los catastróficos terremotos que destruyeron la Vieja Metrópoli y arruinaron numerosas edificaciones de la Meseta Central.

Don Pedro Nolasco fue amonestado para que no hiciera más pronósticos alarmantes, y cuando se le comunicó la amonestación, dijo filosóficamente:

—Está bien, pero si me han de meter a la cárcel, que no sea en Cartago, porque allí tiembla duro...



LOS IDIOMAS SE PARECEN

Nuestro don Adán viajó a Europa con su hija María Cristina a visitar a su hijo don Alfonso, cuando éste estudiaba medicina en Bonn, Alemania.

Fueron en un trasatlántico inglés, desde Limón. Al acercarse a Bristol, después de una navegación de dieciocho días, el frío era intenso, tres grados sobre cero, a principios de abril.

Don Adán iba vestido, como era de costumbre, con ropa de casimir, camiseta de algodón, calzoncillos de lienzo, cortos, sin lana que lo protegiera del frío europeo, como si estuviera en los Trópicos; tiritaba como un conejo. Al verlo una de las camareras del barco, le dijo: «Too could, mister Acosta», inglés que don Adán no comprendió bien, pues oyó otra cosa, y le contestó: «No señorita, el suyo tal vez». La camarera tampoco entendió el español de don Adán, porque riendo, le dijo: «All righth».

El compañero de viaje, don Antonio Cervantes, distinguido gentleman, árbitro de la elegancia, con aquella su exquisita cultura, llamó a don Adán y le habló así: «La señorita

camarera, en buen inglés le dijo a usted que hacía mucho frío; ¡malentendió usted!»
—«Si, hombre, creí que me decía la fea palabra «tu cul», y por cortesía quise bromear también».

Después, desembarcados los pasajeros en el puerto Bristol, una vez pasados los abrazos y los besos familiares con don Alfonso, siguió don Adán temblando de frío, y fueron a calentarse a un negocio cercano y, allí don Adán llamó a un salonero, y le dijo en inglés: «Vea, dígame: ustedes tienen almanaques de Bristol, o píldoras de Bristol?» El salonero contestó: «I don't know that».



CUESTIÓN DE GUSTOS

Transcurría el año 1915, en la Administración del Lic. don Alfredo González Flores. Como viejo amigo y compañero del modernizador gobernante, era yo asiduo visitante de la Casa Presidencial. Congeniábamos don Alfredo jovial, yo festivo. A ratos, nos juntábamos para olvidar los sinsabores de la vida. Con frecuencia nos acompañaban el preclaro e ingenioso Lic. don Nicolás Oreamuno Ortiz, vivaz talento siempre agudo y oportuno, y el no menos ilustre humorista Lic. don Manuel Echeverría y Aguilar.

Durante una de aquellas agradables tertulias, acertó a llegar el simpático y muy estimable «machito» don Jorge Chittenden, amigo personal del Presidente y Gerente entonces de la Northern Railway Co. Fue recibido con cordial alegría y, al estrecharle la mano, le dijo don Alfredo:

Cuánto placer verlo por aquí, siéntese. ¿Cómo va esa salud?

Pues yo, muy mal. Me siento viejo, rendido, los años me afligen...

Yo para alentarlo, le aconsejé:

-Vea, «machito», no cumpla más años. Porque de cumplir años es que se hace uno viejo ...

Y don Alfredo, muy serio y sentencioso, agregó:

Mr. Chittenden, la vejez del hombre es resistible, hay algo peor que ser viejo...

—¿...?—

—Ser vieja...

Entonces, el «machito» Chittenden, para no ser menos, replicó:

—Según sea la vieja...



ANÉCDOTA OFTALMOLÓGICA

Pasamos al Registro de Prendas para recoger de don Adán su acostumbrada colaboración de los lunes. Se excusó por no tener en el momento nada listo, y luego agregó:

Pero puedo referirles un suceso sin importancia, medio divertido, para variar de temas añejos. Me ocurrió hace pocos días. Llegó aquí una señora bien, en busca de mi auxilio; llorándome su desventura, pobre y enferma, sin recurso alguno, pretendía una pensión del Estado. Yo le dije desde luego: «siento mucho no poder servirle; ya no me toca a mí conocer de pensiones; usted tiene que acudir a la Oficina de Jubilaciones y Pensiones; allí atienden esos casos con benevolencia, hasta donde la ley lo permite. Pregunte por el licenciado Enrique Jiménez Miranda o la señorita Ligia Sáenz Vargas, ambos de trato noble y cultura ejemplar. Expóngales sus circunstancias. ¿Usted es viuda y desvalida ... ?»

-No señor repuso de inmediato, no soy nada de eso. Vivo en Grecia, donde estuve en casa de un señor rico y generoso, a pedirle protección; y su consuelo fue decirme que le rogara a Dios que me descansara. Por eso vine a San José. Ahora ME SIENTO BIEN; en el Hospital me tomaron una radiografía y, desde entonces, he mejorado bastante...

La señora del cuento estaba mal sentada, y tuve que decirle: «Mire, doña, allá en la Oficina de las Pensiones no vaya a sentarse como ha estado aquí. Porque nosotros, los viejillos, padecemos de orzuelos y don Enrique podría contagiarse ...

Y ella se despidió agradecida y, al parecer, muy apenada ...



SOLDADESCAS

Don Adán, con sus propias y gráficas palabras, nos relata hoy esto:

«Ocurrió durante la Presidencia de don Rafael Yglesias Castro. Cuando el Presidente de Nicaragua, General Zelaya, amenazaba con invadir nuestro territorio y hasta Hagar al

Parque Central de San José y darle a su caballo agua de la pila, precisamente la que hoy está en la plazoleta de la Universidad, Barrio La Soledad. Había alarma popular, indignación general y actividad militar. Los ticos aguardaban a los nicas y su agresión injusta provocó un entusiasmo patriótico y una impetuosa decisión de ánimo imaginable. lo había, no obstante, pasión enconada de pueblos amigos, sino enemistad de Presidentes. Yo, a la sazón, joven aún, era el telegrafista de la Casa Presidencial, y pude ver de cerca, los movimientos bélicos dirigidos por nuestro Comandante en Jefe, Yglesias, animoso, sereno y activo, como si estuviera en la línea de fuego, allá en La Cruz, frontera con nuestra hermana Nicaragua. Nuestros militares, jefes y soldados, gozaban de franquicia telegráfica, para comunicarse con sus familias: mucho trabajo me daban, porque las guarniciones eran numerosas. El jefe de las fuerzas expedicionarias, allá en La Cruz, era el Coronel Salvador Garbanzo, hombre de la confianza de don Rafael. El servicio del telégrafo, entre San José y La Cruz, hacía tránsito en Cañas, oficina servida a satisfacción por don Alfonso Alvarado y sus hijos. Don Rafael, a semejanza de un gallardo general, resultó un estupendo organizador de nuestras milicias, y paseándose en el salón, con aquel garbo que lo caracterizaba, impartía órdenes en defensa de nuestra soberanía; yo las trasmitía fielmente al coronel Garbanzo, y éste a su vez las contestaba. En una de estas respuestas, le dijo: «Tengo fe en el éxito de nuestras tropas. Nadie osará sentar impunemente su pie invasor en nuestro suelo. Nuestra gente es invencible». Pero después de esas frases alentadoras, mandí'1 d Coronel Garbanzo este mensaje: «En este momento diviso en lontananza la caballería de Zelaya, bajando la cuesta. Listos estamos a desbaratarla. Tengo un piquete en LA RAYA, bien equipado y valiente». Don Rafael sonrió burlescamente. Media hora después, el Coronel Garbanzo mandó un nuevo mensaje, tranquilizador: «La caballería que divisamos, ha resultado ser un atajo de yeguas que venían a su abrevadero; pido disculpas». Don Rafael soltó la risa, a carcajadas, y yo también. El Presidente exclamó: «Este Garbanzo nos ha resultado una alverja y me ha tomado el pelo». Y así terminó el sainete. El conato de invasión paró en concordia; el General Zelaya no trajo su caballo a beber agua en la pila del Parque Central y los ticos y los nicas seguimos apretados en cordial abrazo».



BUENA MEDICINA

Se encontraba don Adán con un grupo de amigos médicos, tomando un aperitivo en la antigua y popular cantina «El Águila de Oro» que por su buena atención y surtido misceláneo, contaba con numerosa y estimable clientela, cuando entró en el establecimiento una dama con un busto singularmente frondoso ...

Todos se volvieron a mirarla, pues era además bastante atractiva. Don Adán, sin quedarse atrás, la admiraba en silencio, pero cuando la señora abandonó el local, dirigiéndose los galenos les dijo:

Señores, esto es extraordinario, y van a tener ustedes que ponerle a esa señora SUERO ANTITETÁNICO.



DISCREPANCIA DE PARECERES

Discutían algunos amigos médicos, entre ellos el Dr. Acosta Guzmán, hijo de don Adán, sobre una epidemia de enterocolitis que se había presentado con fuertes diarreas y afirmaban la eficacia de varios medicamentos para combatirla.

Uno opinaba que las «sulfas», nuevo descubrimiento alemán, era lo mejor. Otro, que los antiamébicos debían proporcionarse a manos llenas, etc., etc., a lo que don Adán muy serio les dijo:

«Miren muchachos, yo les garantizo que para una diarrea muy grave, no hay nada mejor que la «SEROTERAPIA».



PROFILAXIS

Caminando tras un entierro y para estar a tono con las fúnebres circunstancias, don Adán y un amigo conversaban de cosas y casos de muertes. De lo inesperada e implacable que era la Parca, y a veces injusta, pero en realidad, dijo filosofando don Adán, lo más importante de la muerte y lo que más debiera preocuparnos es el saber DÓNDE vamos a morir... si en Alajuela, Cartago, Limón o en el extranjero.

¿Y eso qué tiene que ver con la muerte?, le interrogó su interlocutor.

—PUES HOMBRE, ¡PARA NO IR NUNCA ALLÍ!



PREVISIÓN

Se encontraban en Londres de vacaciones, nuestro don Adán y su hijo el Dr. Alfonso Acosta Guzmán.

Un día en el cuarto del hotel, cuando ordenaban el desayuno, la camarera ofreció solícita:

—Huevos, con salsa de tomate, ¿pimiento o sal?

Don Adán rápido contesta:

Sal para mí no, por favor.

Después que salió la camarera dé la habitación, el doctor le preguntó a su padre:

—Idjay papá, por qué no quiere sal, está enfermo de los riñones o a dieta sódica?

—No, hombre, no seas ingenuo, no ves que aquí sólo te dan SAL DE INGLATERRA ...



PRECAUCIÓN

—Allá en mis mocedades nos dijo don Adán para este lunes- cuando estaba recién llegado al Juzgado de San Ramón, procedente de Santa Cruz de Guanacaste, conocí a un hombre excepcionalmente corpulento, fortísimo, pero prudente y ajeno a toda discusión qué pudiera obligarlo a pelear. Muy amable y educado, se contaba de él que, no obstante su índole tranquila, a menudo se vio compelido a defenderse de agresiones personales provocadas por algún pendenciero de oficio, y que en una ocasión, al tratar de proteger a una viejecita desvalida, su desventura lo llevó hasta matar de un puñetazo a la pobre anciana de cuyo marido sufría maltratos frecuentes.

Jiménez, que así se apellidaba nuestro desgraciado hombretón, perteneciente al gremio de los «torcidos» a más de exponerse con frecuencia a lances peligrosos e incidentes ridículos, estuvo varias veces en la cárcel por mala defensa o por falta de ella.

En su pueblo natal, después del infortunado accidente de la anciana, casi sólo se le conocía por el apodo de «Mata Viejas», que francamente no lo merecía nuestro Hércules.

Una tarde de fiestas populares, en la plaza de toros, mientras yo seguía con interés las incidencias de la corrida, me tocó ver a Jiménez cuando al bajar de una barrera puso involuntariamente uno de sus enormes pies sobre el de un campesino, muy fornido también; y lo oí claramente presentar humildemente cumplidas excusas a su víctima, que le replicó airadamente, insultándolo y desafiándolo a irse a las manos. Entonces yo, ante la posibilidad de un nuevo infortunio para Jiménez, le grité al ofendido: «Pero hombre, si la pisada qué te dio «Mata Viejas» no vale la pena para tanta bulla...»

Y el dolido campirano, después de escuchar aquel apodo, emprendiendo una discreta huida, sólo atinó a decir:

—De haber sabido QUIEN era, HASTA ME DEJO CORTAR LA PATA...



EL DIJE DE DON POMPILIO

En la primera Administración de nuestro recordado don Ricardo Jiménez, estaba en el Despacho de Seguridad Pública, don Pompilio Ruiz Arrieta, persona civil; ejemplar por sus condiciones de hombre de bien, jovial y jocosos. Era respetado por sus subordinados militares de todo el país, y su actuación fue siempre tranquila: nadie sufrió abusos de autoridad. Entre los actos de su donaire, lo más chistoso de don Pompilio era un «DIJE» que usaba colgando de la leontina de su reloj, inofensivo, pero le servía para evadir las impertinencias de sus prójimos, y sobre todas, las constantes y fastidiosas que los Ministros suelen soportar. La tal joya semejava un puño de la mano, de marfil engastado en oro, cuyo dedo pulgar estaba entre los dedos índice y mayor. No era por cierto una alhaja religiosa ni reliquia alguna, pero mis queridos alajuelenses gozaban con la broma del DIJE de don Pompilio.

Bueno, pero lo importante del cuento, es que nuestro lucido Presidente, gracioso también, don Ricardo, se servía a ratos del mismo DIJE. Un día de tantos, llegó una comisión de personas prominentes de San Marcos de Tarrazú, quienes don Ricardo recibió afectuosamente, como lo acostumbraba y ELLOS lo merecían, pero al preguntarles en qué podía complacerlos, el señor Cura le contestó: «Vea, señor Presidente, venimos a suplicarle que nos quite al Jefe Político, porque le gustan mucho las mujeres, y la moralidad sufre y nuestro deber nos compele a pedirle ese favor».

Don Ricardo, contrariado, dijo: «Me duele quitar a ese mi amigo y excelente funcionario, pero él ya renunció, y pienso nombrar si ustedes lo prefieren, a un afeminado adicto al sexo masculino». Y todo esto, lo decía don Ricardo revoleando el famoso DIJE que don Pompilio le había prestado.



REMEDIO

Después de un temblor de larga duración y fuerte intensidad, llegó nuestro don Adán muy acongojado a la escuela a buscar a una de sus hijas, alumna en aquella institución que por cierto ocupaba un edificio bastante antiguo y en muy mal estado de conservación.

Al verlo la señorita Directora, toda nerviosa le dijo: «Ay don Adán, viera qué susto con ese gran meneón; ¿qué hubiera hecho usted en esta casa que es de puro ladrillo?», lo que don Adán sin perder la serenidad, le contestó: «Pues yo me hubiera metido DEBAJO DE UNA MAESTRA».



RECTIFICACIÓN HISTÓRICA

Absolutamente en serio, dice hoy don Adán:

A propósito de la publicación reciente, relativa al pronunciamiento militar del Secretario de Guerra que, el 27 de enero de 1917 separó del Gobierno a su Jefe el Presidente González Flores, y se proclamó por sí y ante sí, Jefe del Estado, quizás sea oportuno que yo enmiende algunos errores tal vez involuntarios- en que incurrió esa narración histórica. Y o fui quien llegó de primero a la Casa Presidencial, al ocurrir el fácil cuartelazo que nos quitó del Poder al gobernante que tanto brillo le dio a la Administración Pública. La serenidad con que don Alfredo recibió la noticia, me sorprendió. Apacible, pareciera que sospechaba el golpe. Llegaban en ese momento los militares de lealtad proverbial, el General Ricardo Monge Chavarría y el Coronel Aníbal Morales Aguilar, a pedirle sus órdenes a don Alfredo. Airosos le pidieron autorización para enfrentarse al traicionero movimiento. Le dijeron: «Tenemos parque suficiente y armas en nuestro Cuartel Bella Vista, déjenos, don Alfredo». Pero don Alfredo les dijo: «De ninguna manera, la resistencia es ya inútil: no vale mi Presidencia, la sangre ni el sacrificio de ustedes; les agradezco la fidelidad que los honra». NO ES CIERTO, pues, que don Alfredo les ordenara resistir; al contrario, les dijo: «Váyanse a sus hogares. Esta Presidencia no ha sido un lecho de rosas. Al revés, congojas, sinsabores, ingratitudes. Nunca aspiré a mi reelección. Mantuve mi respeto a la alternabilidad del Poder. A ustedes les consta».

En seguida, fui yo quien pidió al Ministro americano le diera asilo a don Alfredo: por teléfono le expliqué lo ocurrido, y el señor Ministro, gentilmente, me dijo: «Desde luego, esta casa es la de don Alfredo, y la mía, que venga en buena hora». Salimos de la Casa Presidencial y en la sede de la Embajada norteamericana permaneció don Alfredo hasta su salida del país, acompañado del señor Ministro hasta Limón con rumbo a La Habana. Callo lo demás.



SALUDO DIPLOMÁTICO

Era don Adán Contralor General de la República, cuando un buen día se daba no sé en ocasión de qué, una recepción al Cuerpo Diplomático. Los personajes de importancia se iban presentando conforme hacían su ingreso al recinto de la Casa Amarilla.

Cuenta el fotógrafo ROA, testigo de esta anécdota, que don Adán al ser presentado, daba la mano a todos los diplomáticos con gran cortesía, pero a los que NO HABLABAN ESPAÑOL les decía al estrechársela: «TOME LA SORTIJA, TOME LA SORTIJA, TOME LA SORTIJA». Y ellos contestaban muy ceremoniosamente creyendo que se trataba de una frase de estilo. Roa cuenta que tuvo que retirarse al interior a reírse de aquella salida tan singular.



UN PRÓFUGO

Era el año 1905. El Lic. don Adán Acosta Valverde ejercía el cargo de Juez Civil y del Crimen del Circuito Judicial_ de Santa Cruz, Carrillo y Nicoya, de la provincia de Guanacaste.

El Juzgado lo había instalado don Adán en 1903, quedando las oficinas judiciales alojadas en una vetusta casa esquinera, frente a la plaza de la ciudad. La cárcel no presentaba seguridad alguna: era un cuarto de madera y teja de barro, incómodo, con dos bancas y un cepo.



CONFUSIÓN

En aquellos ignominiosos días de las prisiones honrosas, como dijo el Dr. Zelaya en 1917, relataba don Adán: Estábamos juntos en una celda inmunda el laureado poeta creador de «El Limpiabotas», Lic. don José Albertazzi Avendaño y yo, acérrimo adversario del régimen imperante. Nuestras acongojadas esposas nos proveían desde lejos de nuestra alimentación diaria en sendas portaviandas, en las que no faltaba el popular huevo duro y la frugal tortilla, además de otros manjares de «prisioneros pobres». Un día de humor y resignación se me ocurrió dejar media cáscara de huevo sin quebrarla, que calzaba exactamente en el hueco que tienen todos los calabozos y permite la vigilancia de los reos. La coloqué de tal modo que la parte cóncava diera hacia afuera. El guardia, con una «pata de palo» y medio tuerto, al hacer la inspección de reglamento observó por el consabido hueco el interior de la cáscara de huevo, dando la voz de

alarma y dirigiéndose a la Comandancia con el parte de que en la «celda de Acosta y Albertazzi no había nadie». Acudieron el Comandante y los oficiales presurosos y no se les ocurrió momentáneamente abrir la puerta, sino que miraban por el hueco y nada veían, hasta que Pilelo Mora, que dicho sea de paso trataba muy gentilmente a los reos políticos, metió el dedo en el mirador y observó a Acosta y Albertazzi desternillados de risa y no le quedó más remedio que celebrar con ellos la ocurrencia.



HALLAZGO

Eran aquellos añorados tiempos en que San José no sufría bajo los actuales servicios de autobuses, desvencijados y envenenadores con su humo y muflas colocadas contra todas las de ley.

En aquel entonces, el transporte remunerado de personas se efectuaba por el medio limpio y rápido de los tranvías, en una de cuyas líneas sé viajaba desde el fin de La Sabana hasta San Pedro de Montes de Oca, y por diez céntimos. Una tarde de lluvia, don Adán abordó uno de aquellos carruajes, en la esquina de La Magnolia. El vehículo iba repleto. Al entrar don Adán se agachó, hizo como que recogía algo del suelo, y mostrando el puño cerrado, preguntó en voz alta:

—¿A quién se le caería un rollo de billetes?.

Varios de los que estaban cómodamente sentados respondieron:

—A mí, a mí... y se levantaron.

Entonces don Adán, acomodándose tranquilamente en uno de los sitios que quedaron desocupados, dijo socarrón extendiendo la mano derecha:

—Es que aquí me encontré el HULITO.



IGNORANCIA MORTAL

Conversaban en una ocasión don Ricardo Jiménez y don Adán acerca del reciente fallecimiento de un estimable y común amigo, don Juan José León, hombre generoso y filántropo, y como don Ricardo inquiriera sobre la causa del sorpresivo deceso de don Juan José, el licenciado Acosta Valverde le informó así:

—Pues vea, don Ricardo: Juan José tenía por costumbre acostarse inmediatamente después del almuerzo a dormir una siesta. En veces lo hacía sin siquiera quitarse de la boca el puro grande que fumaba, cuya ceniza, al caerle en la cara lo despertaba. De esta vez durmió la siesta para no despertarse nunca más... Figúrese don Ricardo, concluyó don Adán, que a estas horas, NI EL SABE QUE SE HA MUERTO.



PARA ABOGADOS

Tenía don Adán su oficina de abogacía y notariado en las antiguas Arcadas, frente al Teatro Nacional, contiguo a la de su querido amigo y colega, el Lic. don Horacio Castro Rodríguez, de grata memoria.

Al llegar temprano una mañana, con desagradable sorpresa, se encontró don Adán con que algún apurado trasnochador, había dejado una mal oliente «necesidad» en la propia entrada de su bufete. Después de la correspondiente limpieza, el asunto quedó olvidado, pero a la mañana siguiente, se repitió el hallazgo. Entonces don Adán al descubrir la porquería, llamó al Lic. Rodríguez, que había protestado por la primera «deposición», y le dijo jovialmente:

—Mirá Horacio, como que aquí vamos a tener que hacer un «INTERDICTO DE OBRA NUEVA».



ENTRENAMIENTO

Contra la voluntad de don Adán, mantenía su familia en su casa de habitación un perrito que le había regalado a las niñas, y que mimaban mucho.

Resulta que un buen día se encontró don Adán al animalito «haciendo una gracia», nada menos que en el comedor de la casa. Furioso lo agarró por el cuello, lo restregó contra las heces y lo tiró por la ventana. Dos días después, volvió «Castorcito» a hacer la misma necesidad y en el mismo lugar. De nuevo don Adán lo hizo probar de aquello y lo tiró por la ventana abierta que daba a un canjilón.

Cómo el hecho se repitiera por tercera vez y en el mismo lugar, al acercarse don Adán al perrito, éste se restregó solo contra la masa y se tiró y brincó por la ventana, a lo que don Adán comentó con sus hijos:

—Este animalito es bueno para un circo.



UN VETO DE DON RICARDO JIMÉNEZ

Cuenta don Adán:

A medio año de 1910, apenas iniciada la primera Administración del Lic. don Ricardo Jiménez Oreamuno, la mesa del Directorio la formábamos el Presidente del Congreso, el honorable Lic. don Ezequiel Gutiérrez Yglesias, y los Secretarios don Rafael Rodríguez Salas y yo. Existía vigente, como aún lo está, la ley que prohíbe y pena el juego de GALLOS. Don Ezequiel, mi noble padrino de pila, me dijo:

«Vea Adán, ahora que tenemos en la Presidencia a Ricardo, asiduo jugador de gallos que fue muchos años ha, y ya que en esta Cámara varios Diputados frecuentan los domingos la gallera de Nicomedes Sotela Valverde, su hermano, hágase un anteproyecto derogatorio de la prohibición, a fin de que podamos asistir a ese pasatiempo inofensivo, sin temor a la persecución de la policía y a la multa imponible, y que queden abiertas las puertas de las canchas de gallos; esos animalitos, de todos modos, con cancha o sin ella, pelean diariamente en sus patios, y se matan en sangrienta lucha por sus gallinas». Bueno, padrino, le contesté, aunque no me gusta el sacrificio de los gallos por compasión que les guardo, voy a redactar el proyecto. En seguida cumplí, y el proyecto firmado por gran número de diputados fue presentado con dispensa de trámites, y sin dictamen sufrió los tres debates y quedó aprobado por casi unanimidad. Firmado que fue por el Directorio lo enviamos al Poder Ejecutivo para su sanción. Pero mucho antes de los diez días, nos llegó el proyecto con la denegatoria de don Ricardo, escrita en términos brillantes y convincentes, fruto natural de aquel cerebro privilegiado, pieza maravillosa que nos sorprendió, pero que nos causó sonrojo y nos apesará. De aquel VETÓ de estilo sublime reproduzco estas frases para que la JUVENTUD no las olvide: «Ver en el polvo sangriento de la cancha, animales heridos que se arrastran y arrastran, enredadas en la navaja sus propias entrañas, o que ciegos, en un supremo esfuerzo de coraje, dan picotazos inútiles y sin tino hasta perder la vida, en medio de los clamores soeces de espectadores sin entrañas, en el JUEGO DE GALLOS no hay nada de noble, sino el desnudo de los animales: lo brutal está de parte de los hombres». Esta y otras frases emocionantes, nos dejaron atónitos y conmovidos. Nadie propuso el resello y don Ezequiel levantó la sesión exclamando: «Oh Ricardo, es majestuoso y admirable».



UN MERECIDO ASCENSO

Don Adán, que se mantiene preocupado por la situación de los pobres damnificados de Cartago, dice que «mientras va pasando esta época de tanta tristeza y conmisericordia», en vez de hacer chistes prefiere recordar viejas anécdotas; y, al efecto nos refiere esta antañona historieta:

—Mi abuelito, el Coronel don Pablo Valverde Sáenz, que fue combatiente en la Campaña Nacional de 1857-1858, y que antes, en los años en que gobernó don Braulio Carrillo (1841) fuera Comandante del Cuartel Principal, ubicado precisamente donde hoy está el Teatro Raventós, nos contaba que la Ordenanza Militar vigente entonces imponía el servicio de vigilancia exterior de los cuarteles, por medio de centinelas situados en el portón principal, los cuales, fusil al hombro, se paseaban en la acera con la obligación de gritar «CABO DE GUARDIA» cada vez vieran venir el Viático bajo palio o la caja en que el sacerdote conducía el Santo Sacramento o bien cuando se acercaban al cuartel grupos de más de cuatro personas; y cuando se trataba del Presidente de la República el grito era amenizado con corneta.

El Presidente Carrillo acostumbraba llegar, algunas noches, al cuartel y sus visitas eran celebradas cordialmente por los militares. Eran ratos de esparcimiento dentro de la disciplina castrense. Entre los soldados había un cholito de Pacaca (hoy Villa Colón), recluta analfabeto, que no conocía de nombre a don Braulio ni sabía que era el primer mandatario, pero sí se daba cuenta de la respetuosa fiesta que los militares le hacían cuando solía llegar. Sí había observado bien el campirano soldado, que el agasajado era regordete y de pequeña estatura. Y un día que le tocaba hacer de CENTINELA VIGILANTE (después de una noche en que don Braulio había visitado a los jefes militares), viéndolo aproximarse por la misma acera del cuartel, dijo así su grito de ordenanza: «CABO DE GUARDIA, EL MISMO CHIQUITILLO DE ANOCHE». De inmediato, el Jefe de Guardia abrió la puerta y el Presidente de la República don Braulio Carrillo, cuya severidad era característica, entró sonriente al cuartel.



CASO RARO

Entre un grupo de amigos que seguía un cortejo fúnebre en el trayecto hacia el Cementerio General, se hablaba del alto índice de mortalidad que venía registrando el cáncer. Ahora, manifestaba alguno, de pronto aparecen sorpresivamente en los periódicos esquelas fúnebres invitando al sepelio de personas que uno ni sabía que estaban enfermas. Otro comentaba: y algunas personas aparentemente sanas, en las cuales la enfermedad se las lleva relativamente ligero. A lo que don Adán comentaba:

«Y lo peor es que se están muriendo HASTA LOS QUE NUNCA SE HABÍAN MUERTO».



AGRADABLE INVITACIÓN

Un caluroso mediodía, después de haber dejado en su última morada los restos mortales de un común amigo, y mientras salían del Cementerio General en nutrido grupo los acompañantes, caminaba entre ellos el Lic. don Adán Acosta acompañado de su íntimo y siempre buen amigo don Salvador Bonilla. Todo el mundo abordaba sus automóviles para el regreso a la ciudad en aquel calor tropical y aquella amenaza de fuerte aguacero. Don Adán dirigiéndose a don Salvador le dijo:

—Vos te venís conmigo, ¿verdad?

Claro-le contestó don Salvador, agradecido.

Pero sucedió algo que don Salvador no esperaba: caminaban y caminaban y no HABÍA AUTO por ningún lado, a lo que Bonilla dijo:

—Idiay viejo, ¿dónde tenés el auto?

—¿Cuál auto? Yo no tengo auto. Te invité a venirte conmigo pero A PATA, pero no te preocupés, ahorita pasa un «CEMENTERIO-SABANA» y nos deja en la pura esquina de la Tesorería por si tenés que cambiar algún premio.



TIRA SALVADORA

Iba don Adán en un tranvía atestado de gente, y llovía a cántaros. De pronto el tranvía dio un socollón tremendo que hizo caer a algunas personas sobre otras. Don Adán casi le cae encima a una guapa mujer muy conocida por muchos, pero lo salvó el hecho de haberse asido fuertemente a una correa de cuero que se usaba exprofesamente en los tranvías para ese objeto. Don Adán comentaba:

Caray, SI NO ES POR ESTE CUERO ME CAIGO.



ALGO DE BOTÁNICA

EL Dr. Arturo Romero López, tan apreciado y querido, ciudadano de honor de Costa Rica, era íntimo amigo del hogar de don Adán Acosta, y lo visitaba con frecuencia para escuchar sus ocurrencias y celebrar sus chistes.

Un buen día llegó don Adán y encontrándose al doctor lo saludó efusivamente diciéndole:

—Ya sabía yo que estaba usted aquí, mi querido doctor

El doctor, que no había anunciado su visita, sorprendido le dijo:

—No sabía yo, don Adán, que era usted adivino.

Don Adán le contestó:

—No hombre, es que hasta la esquina llegaba el olor a «Romero».



UN COLEGA

La familia de don Adán invitó al Dr. Romero López, como lo había hecho varias veces, a pasar un domingo en la finca Atirro, propiedad de un yerno de don Adán, don Alvaro Rojas Quirós.

Estando allá, Alvaro les anunció que un helicóptero norteamericano les haría una visita ese domingo. En realidad en el decurso de la mañana domingueña fue un gran acontecimiento para todos el aterrizaje de un nuevo y flamante helicóptero piloteado por dos machitos bastante corpulentos.

Una vez todos celebrando en la casa, don Adán llamó aparte al Dr. don Arturo Romero y le dijo:

-Arturo, ¿ya usted saludó a su colega?

El doctor Romero le dijo:

—¿Cuál colega, don Adán?

—Pues el Patólogo, hombre.

Inmediatamente el Dr. Romero se dirigió a los americanos y muy sorprendido regresó a donde don Adán diciéndole:

Lo engañaron, ninguno de los dos es médico, mi amigo.

No hay necesidad, Arturo, ¿no le vio los pies al más grande? Con esas PATAS lo menos que calza es 55.



OLVIDO IMPERDONABLE

Fue en la Administración González Flores (1916). El Presidente visitaba los lugares lejanos que necesitaban la protección del Gobierno para proveerles, hasta donde la penuria del erario se lo permitía, de escuelas, cañerías y caminos. Sus visitas fueron siempre provechosas a los pueblos pobres. Su compañero en tales giras fue su amigo, el Lic. don Adán Acosta, Diputado Primer Secretario del Congreso, asiduo y leal cooperador infatigable, en aquella fecunda labor administrativa de don Alfredo.

Una de sus caminatas la hicieron hacia la Barra del Colorado. Cabalgaban por las playas extensas de Tortuguero, contiguas a las tranquilas lagunas. Iban también en aquellas cabalgatas, el Ministro de Hacienda, don Mariano Guardia Carazo, el Inspector de Hacienda don Enrique Zamora y el Diputado don Horacio Castro. Todos de la intimidad presidencial.

Don Alfredo montaba un brioso corcel, los demás en cabalgaduras corrientes; pero a don Adán le tocó una yegua recién madre de una linda potranca que a menudo interrumpía la marcha, obligando a don Adán a desmontarse; porque la potranca se atravesaba bajo las patas de la yegua para pegarse a la ubre.

Don Adán iba quedándose atrás cada vez que la potranca mamaba. Don Alfredo molesto ya con tantas paradas y demoras, le gritó a don Adán:

—Idiay hombre, nos va a coger la noche con tanta mamadera.

A lo que don Adán riendo socarronamente le contestó: -Ay, Alfredo, ¡vos no sabés lo que es ser madre!

—¿Cómo?, le respondió el Presidente.

¿Cómo querés que haga si este mamífero me lo impone? SE ME OLVIDÓ TRAER LA CHUPETA PARA ENTRETENER A ESTA CRIATURITA; no puedo refrenarla sin un engañador. Cuando vuelva a tocarme otra yegua joven, ya traeré biberón para la cría.



PROBLEMA DE CONSONANTES

Era difícil sacar a don Adán de sus casillas, pero siempre hay una persona que se encarga de agriarle los buenos ratos a cualquiera. Así también don Adán tenía un su amigo de apellido Madriz que andaba tras una pensión del Estado y no lo dejaba en paz, pero eso no hubiera importado, porque don Adán era muy paciente, pero Madriz lo buscaba cuando más inoportuno caía. Estaba don Adán de purga y llamaba el teléfono, era Madriz. Que estaba en lo mejor del almuerzo, llamaba Madriz; que tenía una reunión importante y llamaban a la puerta del Control, era Madriz.

En cierta ocasión, le hablaban a don Adán cuatro empleados a la vez y sonaba el teléfono por asunto de mucha importancia, cuando irrumpió en la oficina de don Adán el portero y le anunció que un señor Madriz quería verlo a todo trance en asunto muy urgente.

—Mire, dijo don Adán, DÍGALE A MADRIZ QUE ME LO PASO POR LA NARIZ, Y QUE LE DE GRACIAS A DIOS QUE NO SE APELLIDA ANGULO!!



AUTOMOVILÍSTICAS

Tenía don Adán un automóvil de su hijo en un garaje que alquilaba, y un supuesto amigo del doctor había solicitado varias veces el vehículo ya que el doctor Acosta Guzmán, su hijo y dueño del automóvil, no se encontraba en el país. Una última vez que, el que se hacía pasar por íntimo amigo del galeno le solicitaba nuevamente el auto, don Adán le mandó a decir:

Díganle a ese señor que definitivamente no le presto el carro, Y QUE MI TRASERO NO ES GARAJE.



HAY MAS ATRASADOS

Don Alfredo González Flores miró simpatía y admiración a los guanacastecos, pueblo noble, de alegría ingénita, pacífico, sumiso a las y adicto a su régimen.

En varias ocasiones visitó el Presidente ciudades, villas y haciendas, habiendo sido agasajado con esplendidez donde quiera que estuvo. En excursión a Las Juntas de Abangares, lo acompañaron sus allegados, entre los cuales iba su Secretario de Gobernación y Policía, Lic. Juan Rafael Arias Bonilla, prominente colaborador del Gobierno, como experto hacendista y abogado insigne. No había de faltar, por supuesto, el amigo de ambos, Ministro sin cartera, el Lic. don Adán Acosta Valverde, que había sido el primer Juez de Santa Cruz, por cuyos vecinos mantuvo siempre profundo afecto y agradecimiento.

Soportando con gusto el calor sofocante de la época, casi agotadas y jadeantes las bestias, la gira iba llegando al poblado de PIJIJE. De momento don Alfredo echó de menos al compañero don Adán y preguntó dónde se había quedado. Era que el Licenciado Acosta, conocedor de aquellas fatigas, bajo aquel sol abrasador, iba quedándose atrás para evitar tragarse el polvo del camino e iba frenando una pequeña mulita.

Acercándose al pueblo de Pijije don Alfredo lo increpó por la tardanza, pero don Adán lo calmó y lo hizo reír con la siguiente ocurrencia:

Perdoná el atraso, pero es que a mí no me gusta el polvo, Y ADEMÁS SOLO YO NO VENGO ATRÁS, hay otros.

—¿Y eso quiénes? replicó el Presidente.

PUES HOMBRE ESTOS APEROS DE LA ALBARDA. EL APAREJO SE ME RESBALÓ POR LA PARTE DE ATRÁS, SE ME AFLOJÓ LA CINCHA Y LA GRUPERA. ESOS SON LOS QUE VIENEN ATRÁS DE MI.

Entre las carcajadas de la comitiva se oyó un grito guanacasteco exclamando:

«¡¡EJTE DON ADÁN NO EJ CHICHE!!»



PERRUNAS

En tiempos del brillante Gobierno de don León Cortés, se había recibido a las doce del día al Ministro Plenipotenciario de España por parte del Gabinete del Lic. Cortés, ceremonia que se celebraba en la Casa Amarilla. El Presidente y su gabinete iban de chaquet y chistera. Como es sabido, la ceremonia era corta y sólo se servía una copa de champán. El calor era sofocante y la sed peor todavía. Terminada la recepción, el Dr. Acosta Guzmán, Ministro de Salubridad en ese entonces, sugirió al Ministro de Obras Públicas, Ing. Ricardo Pacheco Lara, grande amigo del doctor, y a don Fernando Martínez N., también su buen amigo, pasar a su casa en la habitación de don Adán Acosta a tomarse una cervecita o un whisky. Aceptaron muy gustosos y la «colita» se prolongó casi hasta las tres de la tarde. Ya iban saliendo cuando entraba don Adán. Donde vio a aquellos tres personajes salir de su casa a esas horas, en chaquet y chistera, se hizo varios pasos atrás y reconociéndoles les dijo:

—¡¡CARAMBA CASI LES LADRO!!



SOLEDADE

DICEN las malas lenguas que los hombres más mal parecidos que había en el país, eran don Adán Acosta, don Nicolás Oreamuno y don Isidro Marín Calderón.

En una ocasión en que don Nicolás Oreamuno hizo un viaje al exterior, a su regreso, cuando don Adán se lo encontró por vez primera, lo saludó muy efusivamente pues eran grandes amigos, pero el saludo no dejó de tener la sal que don Adán le ponía a todo, pues le dijo:

—GRACIAS A DIOS QUE VOLVISTE, NICOLÁS, PUES VIERAS QUE SOLOS NOS SENTÍAMOS SIN VOS ISIDRO MARÍN Y YO.



RAJONADA

Era nuestro don Adán, allá por el año de 1917, el abogado de confianza del almacén «La Alhambra», en donde se habían dado cita don Felipe J. Alvarado, su socio el señor Jiménez, Mr. Minor Keith y uno de los dueños del almacén, todas personas de grandes recursos monetarios.

El único de escasos recursos económicos en aquella reunión, lo era don Adán, hombre de confianza de todos, como abogado honesto y honrado. Fumaban todos un gran puro habano que les había regalado Mr. Keith y que llenaba de un agradable aroma el ambiente.

Intempestivamente acertó a entrar en el recinto de la reunión otro colega de don Adán, quien al abrir la puerta dijo: «Perdonen, no sabía que estaban en reunión». Don Adán aprovechando el momento, y para hacerle la boca agua a su colega, se arrellanó en su sillón, se echó para atrás, se puso los pulgares en el chaleco, y dijo dirigiéndose a su colega, sin soltar el puro de la boca:

—¿TE HAS FIJADO QUE CUATRO CHONETES ESTAMOS AQUÍ?



COSAS DE AMIGOS

Cuando don Adán Acosta tenía su bufete en las famosas y antiguas «Arcadas», hoy Gran Hotel Costa Rica, nos cuenta que hicieron un gran robo en todas las oficinas y que, sin embargo, no se explicaba por qué la única oficina de la cual no se llevaron nada fue de la suya.

Como todos los dueños comparecieron a la Agencia de Policía a relatar detalles del robo, don Adán escuchó la declaración del cabecilla de los ladrones, quien confesaba su delito ante la autoridad. Entre otras preguntas el Agente le hizo la siguiente:

—¿Y por qué sólo en la oficina de don Adán no te robaste nada?

—Ah, señor Juez, contestó el ladrón: «¡ES QUE DON ADÁN Y YO SOMOS MUY BUENOS AMIGOS!»



CONVIVENCIA

Durante el gobierno de los hermanos Tinoco, ocupaban la misma celda, como reos políticos, nuestro don Adán Acosta y el laureado poeta José Albertazzi Avendaño.

En ocasiones, las autoridades no permitían a los visitantes acercarse a menos de 300 metros del penal. En esas ocasiones, tanto don Adán como Albertazzi usaban el camastro, que puesto verticalmente en el centro de la celda, permitía ver desde las rejas

de la ventana alta de la misma, a las personas que, ansiosas esperaban noticias de sus parientes prisioneros.

Una vez, Albertazzi divisó a dos señoras que esperaban en el puente del bajo de la Penitenciaría, pero no las pudo reconocer:

—Hombre, Adán, le dijo, ¿quiénes serán aquellas dos señoras que esperan que las dejen entrar?

Don Adán, subiéndose y poniendo los puños a manera de binóculos, le contestó:

—PUES HOMBRE, NO VES QUE SON LAS QUE VIVEN CON NOSOTROS.

Eran las esposas de ambos que esperaban su turno para pasar.



REPUESTO

Don Zenón Castro era un señor muy aficionado a escribir y repartir hojas sueltas contra los Gobiernos y sus hombres.

Ejercía en ese entonces la Presidencia don Alfredo González Flores, cuyo Ministro sin cartera, don Adán Acosta, se encontraba conversando con unos amigos en la esquina del Correo. Acertó a pasar don Zenón con sus hojitas acostumbradas y a todos les repartió menos a don Adán, conocedor como era de su amistad con el Presidente. Don Adán sin inmutarse le dijo:

—Deme a mí también, don Zenón, son delgaditas y en casa también usamos papel higiénico.



UN CONSUELO

Era durante la Administración del ínclito Lic. don Ricardo Jiménez Oreamuno, en 1924, cuando lo visitó el Presidente de Panamá, Dr. don Harmodio Arias. El aeropuerto internacional aún estaba en la finca «La Lindora», en Santa Ana.

Para recibir a tan distinguido huésped y comitiva, don Ricardo dispuso organizar un picnic en un potrero, que resultó una gira campestre espléndida. La Banda Militar amenizó

el acto y concurrieron miembros del Gabinete, Cuerpo Diplomático, otros altos funcionarios y elegantes damas y damitas de nuestra sociedad.

No hay duda que aquella reunión echó los cimientos para el arreglo de nuestros límites con Panamá, arreglo que después se fortaleció en definitiva bajo la administración de un hermano de don Harmodio, el Dr. Arnulfo Arias.

El Lic. don Adán Acosta, como Jefe del Control, fue naturalmente uno de los invitados oficiales. La fiesta fue un éxito, dentro de un ambiente de franca camaradería, con Champán de la Viuda y variados aperitivos y ricas bocas.

Don Ricardo llamó al Lic. Acosta Valverde y al Presidente de Panamá, y después de la presentación de estilo, don Adán, con jocosa jovialidad, pero sin faltar al respeto, le dijo a don Ricardo:

—Me alegro de conocer a un hombre más feo que yo...

Y don Ricardo, también jovialmente y para atenuar la broma de don Adán, replicó:

No es verdad, hay otro más feo que ustedes dos, y le dijo a su edecán: -Llámeme a Nicolás.

El ayudante del Presidente se acercó al Lic. don Nicolás Oreamuno, Secretario de Guerra y Marina, de extraordinario ingenio y singular cultura. Don Nicolás acudió al llamado de don Ricardo, y al darse cuenta de la chanza, exclamó riendo:

No hay tal, cuando yo veo a Adán le digo: MI DULCE CONSUELO.

—Y todos celebraron la ingeniosa salida del Lic. Oreamuno.



SOBRE UNA PRENDA DE VESTIR

Estando don Adán comiendo en un restaurante con algunos amigos, y después de un succulento almuerzo, pidieron el postre, habiendo elegido don Adán un delicioso plato de gelatina.

El platito era muy pequeño y la gelatina lo llenaba hasta el borde, amenazando salirse del plato con su peculiar temblor. Don Adán, comiéndose la gelatina muy cuidadosamente, comentaba:

LO QUE SE LES OLVIDO ES PONERLE TALLADOR A ESTA GELATINA.



INCOMIBLE

En la casa de don Adán Acosta había una lora que hacía más daños que gracias, pues le gustaba comer madera y ya casi tenía destruido el marco de una ventana.

Vea, don Adán, dijo la cocinera, por qué no vende esa lorita: se come la ventana y se tira al suelo y además se la va a comer el gato.

Don Adán le contestó:

—Dañina, sí es, pero el gato no se la comerá nunca.

—Por qué no, si a los gatos les gusta mucho comer toda clase de pajarracos.

—Sí, pero ésa no se la come todavía, NO VES QUE ESTÁ MUY VERDE.



PROTECCIÓN

Comentaba el reportero con don Adán, los planes que estaban en estudio para exterminar del todo la MENDICIDAD, y don Adán le argumentaba:

—No, hombre, Dios guarde a todos de eliminar a los mendigos, más bien hay que reglamentarlos y protegerlos y aun fomentar la mendicidad en los verdaderos necesitados.

¡Qué raro que piense usted así, don Adán!

—No amigo, comentó don Adán; la situación está tan jodida, que es mejor ir protegiendo la futura profesión. ¿NO VES QUE AL PASO QUE VAMOS PRONTO TODOS SEREMOS MENDIGOS?



INTERPRETE

Preguntábamos a don Adán Acosta, acerca de los casos interesantes que en su larga vida de abogado se le hubieran presentado y que merecieran especial mención. Sin dilación nos dijo:

Ya que me pregunta, no se me borrará nunca de la memoria la siguiente historia: Cuando murió mi buen amigo y cliente, el filántropo chino Juan José León, unos meses más tarde se presentó el reclamo judicial de una chinita que alegaba ser la mujer primera de Juan José León, por haber éste contraído nupcias con ella antes que doña Panchita, su actual esposa. Por cierto que la herencia ya no tenía nada de halagadora, pero había que hacerle frente a la situación de hecho. La dificultad estribaba en que la mujer china que se había dejado venir para defender sus derechos, no hablaba ni papa de español, solamente chino cantonés. Me dediqué entonces a buscar con denuedo alguna persona que entendiera chino cantonés y fuera conmigo a Puntarenas a una visita ante el Juez, que no se podía verificar por no haber un intérprete tico que sirviera. Como hasta puse un aviso en los periódicos, un buen día se presentó en mi oficina un hombrecito de mediana edad, tipo empleado público de calzones remendados, que me dijo haber estado varios años en Cantón y poder servirme en mi problema. Dicho y hecho, fijamos fecha para la vista y para nuestro viaje al bello puerto del Pacífico. Íbamos en tren y yo le iba explicando detalles y tolongueándolo con coñaquitos, cerveza, buenos sandwiches, etc. Una vez en el juzgado se abrió la sesión y después de lo de rigor, el Juez me pidió que hiciera a la china las preguntas que yo quisiera para mi conveniencia. De este modo me dirigí a mi intérprete:

—Hágame el favor y pregúntele a esta señora que en qué año conoció ella a Juan José León en China.

Mi hombre sin dilaciones arrimó una silla hacia donde estaba sentada la chinita y comenzó a interrogarla del siguiente modo:

—¿EN QUE AÑO UTE CONOCEL A JUAN JOSE LEON EN CHINA?



EMBROLLO ELECTORAL

El día de las votaciones, don Adán se levantó extraordinariamente temprano, disponiéndose a ir a cumplir con su deber ciudadano de emitir su voto.

Buscó la mesa que le asignaron para ese objeto y después de deambular por varias escuelas la encontró, debidamente ocupada ya desde muy temprano por el Presidente y sus miembros, todos conocidos y amigos de don Adán.

Todos se quedaron de una sola pieza, porque siendo don Adán un abogado tan experimentado y viejo, les soltó a boca de jarro la siguiente pregunta:

—Señores, ¿me pueden decir dónde BOTAN las mujeres?

—En cualquier mesa, como los hombres, don Adán, le contestaron.

—No hombre, si no es para VOTAR sino para BOTAR LA MIA.



SAL DE INGLATERRA

Ese mismo día de las votaciones, y habiendo cumplido ya con el deber de depositar su voto, don Adán se encontró en la calle con su buen amigo, el gran ciudadano y eminente intelectual y periodista don Joaquín Vargas Coto, quien después de saludar muy efusivamente a don Adán, le dijo:

—Idiay don Adán, ¿ya votó?

Sí, Joaquín, y viera que sin purgante ni nada he pegado una GRAN SUFRAGADA esta mañana.



PARECIDOS

Era de todos conocido, que don Joaquín Tinoco Granados, el General, era uno de los hombres más bien parecidos que taconeaban por estos suelos ticos. Durante la revolución del 48, muchos ciudadanos sufrían persecuciones, entre ellos el Expresidente don Otilio Ulate, a quien siempre deseaban acompañar sus amigos por los peligros que podía correr. Coty Aguilar, de un parecido bastante aproximado, se encontraba entre un grupo de amigos, entre ellos don Adán, y uno de tantos le decía:

—Hombre Coty, vos deberías esconderte porque con ese parecido que tenés con Otilio te puede pasar un percance innecesario.

—Es cierto, dijo don Adán, vieran lo que tuve yo que cuidarme en tiempos de los Tinoco, pues como a Joaquín lo andaban persiguiendo, a cada rato nos confundían.



DUDA

Cuenta don Adán, que una viejecita campesina al verle le dijo sorprendida: «Usted vive todavía, si yo lo hacía difunto, y hasta lo lloré cuando vi en el periódico la tarjeta participando la defunción e invitando a los funerales; cómo me alegra que no fuera usted». «Gracias, le contestó don Adán, vivo aún y espero seguir viviendo otro poquito. Lo que pasa es que usted me confundió con mi amigo Adán García, cuya muerte tenemos hoy que deplorar».

Son inconvenientes de los homónimos, y a propósito, otra equivocación igual sucedió con el mismo amigo: Siendo yo Alcalde de Grecia, y estando en vísperas de mi casamiento, leí en EL NOTICIERO esta gacetilla: «El día 18 de abril venidero contraerá matrimonio en esta ciudad la señorita Ester Guzmán Quirós, con el Licenciado don Adán García». Me quedé atónito, mas pronto me serené y corrí al telégrafo a ponerle a mi novia el siguiente telegrama: «Ruégole decirme si todavía soy, o YA NO SOY SU PROMETIDO».



SINÓNIMOS Y HOMÓNIMOS

Los sinónimos y homónimos ponen en ridículo a muchos, sin duda alguna, y si no fíjese usted en este caso:

Cuando en Puntarenas falleció el distinguido médico y cirujano Dr. de Paredes, estaba yo tomándome un fresco con Salvador Bonilla, cuando llegaron unas señoras de luto al famoso NEGOCIO de LAS TAPIA en el Mercado, a darles el pésame por la muerte del doctor, creyendo a pie juntillas que TAPIAS Y PAREDES TIENEN QUE SER PRIMOS HERMANOS.



BUENA RAZÓN

Conversando don Adán con varios amigos, eran interrumpidos frecuentemente por una joven que quería a todo trance venderles lotería. No sabiendo ya cómo quitársela de encima, don Adán le dijo:

—Mire niña, no le vamos a comprar, yo de ninguna manera le voy a comprar.

—Pero ¿por qué, don Adán? ¿Pues no ve que estoy de LUTO?

—Ay, perdone don Adán, le contestó la vendedora y se alejó con su lotería.



PRECAUCIÓN

El Dr. López Varela, don Esteban, muy buen amigo del Dr. Acosta Guzmán, hijo de nuestro don Adán, se encontró en una ocasión al Lic. Acosta parado en una esquina esperando pacientemente un camión de pasajeros para llegar a su oficina. Acertó a pasar por ahí el Dr. López y le ofreció llevarlo en su carro, a lo que accedió gustoso don Adán. Viendo el Dr. que don Adán sostenía fuertemente la puerta, le preguntó:

—Por qué va jalando la puerta, don Adán, este es un carro relativamente nuevo.

A lo que don Adán le contestó:

—Es que voy con mucha precisa y quiero evitar QUE USTED META A OTRO.



MARCA DE FÁBRICA

Subió don Adán a una camionetita muy pequeña y muy llena de pasajeros. Iban como sardinas en lata. En la esquina en que tenía que apearse salió don Adán con mil dificultades y le preguntó presto al chofer:

—Hombre, bonito carro el suyo. ¿Qué marca es?

Es un VOLKSWAGEN, don Adán, contestó el chofer.

—Hombre, yo más bien creo que es un «SUBEN ESTRUJEN BAJEN», le contestó don Adán.



CONOCIMIENTOS DE AGRICULTURA

En los tiempos de la Administración de don Alfredo González Flores, hacían una gira por la Provincia varios altos empleados de Gobierno, a quienes acompañaba el señor Obispo, de grata recordación, Monseñor Stork. Iban a caballo a la par uno de otro don Adán y Monseñor, cuando pasaban frente a un almacigal de repollos, muy poco crecido todavía. Monseñor preguntó:

¿Qué serán esos siembras, don Adán? La contestación fue la siguiente:

Pues aunque usted no lo crea, Monseñor, ESE ES UN ALMACIGAL DE PEDOS.

Cuando Monseñor, después de cavilar un rato sobre la contestación, comprendió el sentido, dice don Adán que empezó a reírse estrepitosamente en medio de su seriedad.



UN ARTISTA

En 1906, era Juez en San Ramón, nuestro don Adán. Entonces vivía un importante vecino del lugar, socialmente estimado por sus cualidades morales, y su entronque con las principales familias ramonenses, pero más por su mérito especial de escultor, disposición natural que destinó a esculpir imágenes de Santos que lucían en la Iglesia Parroquial y ermitas de lugares circunvecinos. Era don Manuel Rodríguez, artista admirado. Don Adán fue su amigo, y lo visitaba en su taller de arte, para contemplar aquellos trabajos, sorprendentes por la semejanza o parecido perfecto de los bustos, con las pinturas o estampas que le servían de modelo.

En una de sus visitas, don Adán le dijo bromeando al escultor:

—Todo esto es magnífico, don Lito (como le llamaban familiar y cariñosamente), pero se me ocurre saber por cuál circunstancia está usted alejado de sus imágenes de la iglesia, y como buen feligrés de esta parroquia no va a rezar les, a oír misa, a comulgar; no asiste a las procesiones. Nunca lo he visto arrodillado, hincado pidiéndole a sus criaturas ...

Vea, señor Juez, repuso el artista, ¿cómo quiere usted que yo crea en esos santos, si yo los hice, por dentro y por fuera, y conozco la madera de que están hechos?...

Entonces don Adán, jovialmente, pero hablando en serio agregó:

—No amigo, esas esculturas son imágenes hechas por usted a semejanza y representación de las Santas y Santos que fueron en este mundo, y que por sus virtudes excelsas merecieron la canonización; si sus hechuras están benditas, todos tenemos el deber religioso de venerar sus esculturas sagradas, como adoramos las fotografías de nuestros seres queridos que desaparecieron...

Y don Lito, recapacitando y expresando su conformidad con movimientos de cabeza, siguió esculpiendo una imagen de Jesús...



ACHARA MIS CRESPOS

Nos dice hoy don Adán:

«Uno de los tantos sustos que me he llevado en la vida y al cual atribuyo tener mi pelo ahora tan lacio, ya que antes tenía ondas y hasta rizos, vale la oportunidad de referírseles no para que se rían sino para que se espanten si a ustedes les hubiera ocurrido lo mismo. En aquellos tiempos añejos, en que las fiestas cívicas de San José tenían lugar en la Plaza González Víquez, se nos ocurrió a mi hermano Marcelino Acosta y a mí, ir a una corrida de toros, anunciada con bombos y platillos, bombetas y música alegre. Por tratarse del ANO NUEVO se «jugaba ganado MIURA y toreros españoles de cartel». Nosotros, cobardes para andar por el redondel, preferimos mirar de lejos la lidia, situándonos en un palco principal de la plaza. Nuestro padre, don Jesús Acosta Cerdas, sin afición a esa clase de espectáculos, nunca nos llevó a los «toros» cuando éramos muchachos, ni tampoco nos permitió que fuéramos a los «juegos de pólvora». El primer toro, overo, con manchas y cachos al tiro, fue atado al bramadera y montado y, a fuerza de chuzo, soltó el cabestro y saltó sobre un pobre hombre que vimos lanzarlo a lo alto y caer manando sangre. Mi hermano y yo gritamos con asombro y espanto, al imaginarnos que aquel pobre viejo tan cruelmente embestido era nuestro padre. Tal era la semejanza, que nos pareció idéntico. Corrimos llenos de pavor, lo alzamos y llevándolo fuera de la barrera, lloramos amargamente; mas, al limpiarle el rostro, advertimos que no era don Jesús Acosta Cerdas... Entonces, cambió nuestro ánimo: gritamos y rompimos en carcajadas, arrodillados ante la semejanza que tanto nos hizo sufrir. Y entre risas y lágrimas, desde aquel tragicómico instante, se me paró definitivamente mi antaño crespa cabellera».



ALGO FALTABA

Durante el segundo Gobierno del Lic. Jiménez Oreamuno, el Congreso de la República nombró JEFE DE CONTROL (hoy Contraloría) al Lic. don Adán Acosta. Era una reelección que se llevó a cabo por UNANIMIDAD en la Asamblea Legislativa.

Magistrados, Diputados, el mismo Presidente y amigos íntimos de don Adán llegaron a su casa de habitación a congratularlo y a festejar con él el gran honor que le había sido conferido. Entre los amigos presentes no faltaba el Lic. Gonzalo Salazar Herrera que cuenta que cuando ya la fiesta estaba bastante avanzada y todos muy contentos, le dijo don Adán muy serio:

—¿Y por qué tanta algarabía sin motivo?

—¿Cómo sin motivo?, le respondió don Gonzalo, ¿le parece poco este nombramiento, don Adán?

—Sí, le contestó, pero AHORA FALTA QUE YO ACEPTÉ.



UN IMPOSIBLE

Cuando en la Administración de don Pepe Figueres se dispuso ADELANTAR los relojes, o más bien adaptar la hora, TODO MUNDO cumpliendo con lo dispuesto se dedicó a madrugar, y venían las quejas: Que yo nunca desayuno tan temprano, comentaba cierto empleado público. Y yo a la hora de almuerzo no tengo hambre, porque en realidad es demasiado temprano, decía otro. Por todas las calles, apenas aclarando, iban y venían las gentes temblando de frío para llegar temprano a sus oficinas. El redactor de un periódico le preguntó a don Adán qué le parecía la medida, a lo que comentó el Lic. Acosta:

Pues hay algo que la disposición no podrá variar nunca.

—¿Y eso qué, don Adán?

—PUES NUNCA PODRÁN LOGRAR QUE LOS GALLOS CANTEN MAS TEMPRANO A LAS CINCO DE LA MAÑANA.



NEGOCIO ARRUINADO

Tenía don Adán Acosta entre sus muchos clientes, uno de Santa Ana que tenía opción en la compra de una pulpería.

El precio era de 10.000.00 colones, pero el cliente quería que don Adán lo acompañara a ver el negocio como su abogado y hombre de confianza. Y así, un buen día comprador y abogado se dirigieron al lugar en que estaba ubicado el establecimiento. El dueño también conocía a don Adán y se sorprendió al verlo llegar con el presunto comprador. Empezó don Adán a inspeccionar «aquello» y no salía de su asombro sin mostrárselo a nadie. Era una pulpería desmantelada y pobre. Estantes casi vacíos, con un par de latas de sardina abombadas, una lata de manteca con su cucharón, un saco de azúcar lleno de avispas, unas botellas de licores del país, unos rollos de mecate, unas urnas llenas de baratijas, etc., etc., pero aquello no valía ni 1.000 colones. El comprador después de esperar un rato, preguntó a nuestro don Adán:

—Idiay amigo, ¿qué le parece el negocio?

Y como don Adán no quería quedar mal con el dueño, le contestó a su interlocutor:

—PUES VEA AMIGO, AQUÍ SURTIENDO, PUEDE HABER MAS DE LOS 10.000 COLONES.



PELIGRO

Conversaba don Adán en la esquina de la Oficina de Prendas con varios amigos, cuando observó que una señora muy corpulenta negociaba con el vendedor de frutas en el frente de su carretillo en la esquina diagonal. En un momento dado la señora se volvió a observar quién sabe qué y se agachó tanto que su parte posterior inferior de la espalda quedó dirigida en forma bastante atrevida contra el grupo de amigos. Don Adán, dirigiéndose a éstos les dijo:

—Señores, agáchense porque aquella señora está apuntando para acá.



CRECIMIENTO

Visitaba don Adán un barco surto en la bahía de Limón, con su inseparable compañero y amigo don Salvador Bonilla Sáenz. Entre los pasajeros observó uno

extraordinariamente grande, por lo menos de dos metros de estatura, tirado cómodamente sobre una silla de cubierta.

Don Adán volviéndose hacia don Salvador le dijo:

—Te has fijado Salvador, ¿QUE GRANDE SE HA VUELTO ESTE HOMBRE?

—Idiay, dijo Salvador, ¿vos lo conocías antes?

—NO, ¿PERO VERDAD QUE ESTA MUY CRECIDITO?



TODO POR MITADES

Una señora le contaba a don Adán mil dificultades y tristezas de su hogar, UN DIA ANTES DEL FALLECIMIENTO de don Adán. Que mire, que en casa casi no tenemos que comer; que mis hijos están sin trabajo; sólo una hija gana un sueldito muy exiguo y nos mantiene a todos, y para peor de males a mi marido le dio un derrame y TIENE MEDIO CUERPO MUERTO.

—Bueno, dijo don Adán, eso es por lo menos un consuelo, pues usted tendrá que llevar SOLO MEDIO LUTO.



OPERACION QUIRÚRGICA

Se encontraba el Lic. Acosta operado en el Hospital San Juan de Dios, y como de costumbre lo visitaban amigos y parientes. Entre ellos llegó una mañana una señora muy amiga de la casa y después de conversar un rato con don Adán, que sufría grandes dolores, le preguntó:

—Y bien, don Adán, ¿qué fue lo que le operaron? Don Adán, muy serio le contestó:

—PUES NO LO CREERÁ, PERO ME HICIERON UN RASPADO EN LA MATRIZ.



ALEGRÍA INFINITA

Se encontró don Adán a su buen amigo el recordado e insigne médico psiquiatra don Fernando Quirós, y abrazándole le dijo:

—Hombre, Fernando, hace mucho que no lo veía, me alegro mucho de verlo.

Pasados unos quince minutos, llegando al Correo, se lo volvió a encontrar y le dijo:

—Que suerte verlo otra vez, me alegro mucho que esté tan bien, Fernando.

Pero como dos horas más tarde en el Banco Nacional, volvió a encontrarse al Dr. Quirós, y entonces le manifestó:

—Hombre, pues aunque usted no lo crea, ME SIGO ALEGRANDO DE VERLO.



CUENTO ALEMÁN

Escribía don Adán a su hijo el Dr. Acosta Guzmán, cuando éste estudiaba medicina en Alemania:

«Un día de estos me encontré con los buenos amigos don Carlos Federspiel, don Federico Sauter y don Federico Reimers, y yo no sabía que eso era posible, pero el tono de la voz me lo comprobó: les conté un chiste y se quedaron RIÉNDOSE EN ALEMÁN».



ASÍ SON LAS ELECCIONES

Se acercaba el medio período de la segunda administración del licenciado don Ricardo Jiménez y era preciso hacer la renovación de la mitad de los Diputados al Congreso Constitucional.

Para escoger los candidatos, se convocaba una convención por cada partido político. El Republicano convocó la suya, con tres delegados por cada cantón. Entre la delegación de Tarrazú, resultó electo el señor Jefe Político; esta autoridad comunicó su situación al señor Ministro de Gobernación, que lo era el licenciado don Rafael Castro Quesada (don Filo) y éste aprobó el caso, dando lugar para que asistiera a la asamblea. Tanto el resto

de la delegación de Tarrazú, como íntegra la del cantón de Dota, dieron amplio poder al Jefe Político de Tarrazú, para que los representara en el acto.

Era Secretario del Comité Ejecutivo de la Gran Convención, el Lic. don Adán Acosta. Luego de iniciado el acto y, al ir nombrando uno por uno los Delegados presentes, hizo la observación de que no estaba en el reglamento considerado el caso de las representaciones por poder, que se había presentado en aquel momento respecto a las delegaciones de Tarrazú y Dota. Unico caso, y que era la asamblea en pleno, quien tenía que resolverlo. Sometido el asunto a votación, la asamblea por aclamación aprobó el caso.

Luego se procedió a la elección de los candidatos a diputados, uno por uno, propietarios y suplentes, hasta llenar la papeleta.

Al terminar el acto, dijo el licenciado don Adán Acosta:

«Estoy cansado de consignarle votos a XX, Delegado por Tarrazú y Dota».

Cada voto de ese funcionario valía por seis...



UNA PRENDA DE VESTIR

Conversando don Adán con varios amigos frente al Correo, al parecer con mucho entusiasmo, cuando de repente, interrumpiendo la conversación, les dijo a sus amigos:

—Eh, miren a aquel hombre SIN MEDIAS (pasaba un campesino con los pies acabados de lavar, pero naturalmente, DESCALZO).



¡MÁS ABAJO!

Listo don Adán en la mesa de operaciones, se preparaba a darle la anestesia el célebre anestesista y pariente de don Adán, el Dr. José Enrique Sotela.

En los preparativos, estando don Adán medio atontado con las drogas preparativas previas a la operación, sintió donde el Dr. Sotela le embadurnaba la cara con vaselina, a lo que don Adán le dijo:

—Pero doctorcito, ¡SI MI MAL ESTA MUCHO MAS ABAJO!



MALA INTERPRETACIÓN

La primera oficina que tuvo la Contraloría estaba situada 50 varas al Norte del Correo, frente a la vieja casona de las niñas Rodó-Acosta, muy conocidas en nuestra sociedad. Don Adán Acosta era a la sazón Contralor General de la República. En una ocasión don Juan de Dios Ramírez, persona muy seria y de pocas pulgas, se encontró a nuestro Don Adán en el Correo y le preguntó:

—Idiay Adán, ¿usted siempre al frente del Control?

A lo que don Adán le contestó:

—No, Juan de Dios, ahí las que están son las Rodó. ¡Ya pueden imaginarse la cara de don Juan de Dios!



MEJOR EL OLVIDO

—A ver, don Adán, (le dijimos ayer a nuestro viejo y particular amigo el licenciado don Adán Acosta Valverde), ya muchas personas nos reclaman la publicación de anécdotas tuyas. Aunque no parece propicia la ocasión, ante la violenta conmoción sufrida en estos días, cuéntenos algo consolador ...

A lo que repuso don Adán:

—Es verdad, tristes como estamos, consternados ante el dolor ajeno, que no tiene consuelo ni hay alivio que lo amortigüe, no está sobrando que yo les refiera algo familiar, pero verídico: mi hermano Nicomedes Sotela Valverde, que fue un hombre de bien, afectuoso, socialmente apreciado, que por muchos años tuvo a su cargo la impresión de La Gaceta o Diario Oficial, y el Boletín Judicial, en la Imprenta Nacional, fue padre de una numerosa familia, de la cual sobreviven algunas hijas e hijos, muy honorables, para orgullo mío. Mi pobre hermano Meyes, que así lo llamábamos familiarmente, sufrió una época aciaga, perseguido por una cruel enfermedad que consumió la existencia de su magnífica esposa y la vida de dos de sus hijas solteras, seguidamente. Meyes lloraba con desesperación la pérdida de su esposa e hijas, que tanto amó, y ante los numerosos amigos que lo visitaban manifestándole condolencia, una buena señora, vecina suya, muy religiosa, le dijo: «Mire don Meyes tenga resignación,

es que Dios se acuerda mucho de usted' y mi inconsolable hermano le contestó: «Vea, señora, dígamele a su Dios, que no se acuerde tanto de mí, porque mi va a dejar sin familia». Pero sin duda la señora del pésame no pudo dar el recado, ya que, a los días, el maquinista de la Northern, Vicente Sotela Estrada, hijo predilecto del afligido Meyes, viniendo con su tren de Limón, murió funestamente al recibir un tiro de escopeta, disparado por imprudencia ajena. Cuando el infortunio sobreviene, el tuerce implacable, solamente puede prevenirse metiéndole el hombro y conformándose.



COSAS DE ANTAÑO

Vimos a don Adán, haciendo cola en el Banco Nacional de Costa Rica; nos acercamos a conversarle, y nos dijo:

«Qué le parece, amigo, cinco colas, por no decir rabos, que ya llegan casi hasta la COCACOLA y allá en la Pagaduría otra cola más larga aún, de dos cuadas, esperando cada prójimo su turno para recoger el cheque de su salario, sudando la gota, limpiándose la ceniza de los ojos, rendidos, fatigados.

Y yo no me cuento, ya voy llegando, pero me da compasión de tantos semejantes pensando en lo que cuesta hoy la existencia. Y es que no se puede ser pobre por ningún dinero. Como veo ya las cosas a mis 86 agostos. ¡Qué distinto es todo! Recuerdo mis años mozos. En la época de la Navidad, nuestros viejos no se preocupaban por los regalos de los Reyes Magos; adoraban al Niño Dios en su pesebre, con la Virgen María y San José, la mula al lado, el buey rumiante sobre el bendito zacate; era el sencillo portal, la tradición simpática, y de juguetes, el trompo, las cajas de sardinas vacías, con los dos olotes y las ruedas de carrucha, como lo añoraba nuestro don Ricardo. Nadie se acongojaba. Había alegría sin gastos extraordinarios. En la llamada LA PUEBLA, marimbas, guitarras, cantos inocentes, tamales, posol, mondongo y un chilero con tapón de palo, y hasta un guarito para terminar. Paz, honestidad y tranquilidad, sin jaranas, ni pagarés. Hoy la cosa es diferente. Pero para qué seguir contándole. Antes fuimos más felices. En nuestros hogares olor había a incienso y a café tostado, y el menú era de arroz, frijoles, picadillo. ¡El repollo con su vitamina UF! Después le cuento más. ¡Hasta luego!



UN TORERO

Nos contaba don Adán algo tan raro y tan notable que vio en Santa Cruz de Guanacaste, cuando ejercía el cargo de Juez del Circuito Judicial, que nos excita a publicarlo.

Se refería al Cura Párroco de aquella feligresía, que fue su amigo y de quien recibió atenciones muy señaladas, el popular sacerdote don José María Velazco y Díaz de los Bernardos, fallecido muchos años ha. Aludía don Adán a las condiciones personales del Padre Velazco. Era distinguido por su cultura, por su singular don de gentes y por sus sentimientos de caridad y amor al prójimo. Excesivamente apreciado por la comunidad; sin ser rico, todas las primicias que recibía de sus feligreses las distribuía entre los vecinos pobres. Oficiaba matrimonios, bautismos y socorría diligente, aun de noche y lejos, a los menesterosos enfermos que necesitaban la confortación sacramental; todo sin cobrar emolumentos, de modo generoso y gratuito. Fue un magnífico cristiano.

Y ahora, continuó don Adán, viene la parte sorprendente y graciosa. Llegó la época del regocijo popular del San Juan a 24: las fiestas cívicas del año, una costumbre hecha ley, sobre todo en aquel simpático pueblo de alegría innata. Se iniciaron las corridas de toros, y, hallándonos en el tablado construido en el redondel de la plaza central, empezó la corrida, amenizada por las marimbas, los cohetes y los bombazos. Allá los improvisados jinetes se pelean por montar el toro. De largo vimos el primero: era un toro negro, furioso al parecer, brincón y pateador, que daba bramidos al sentir que alguien lo montaba; el animal se sentía un Miura, atado al bramadera. Estalló la bomba para soltar el toro y sale el Miura tico saltando, corcoveando, resoplando con ira. Y luego, el susto inesperado para los qué estábamos en el palco: el jinete era nada menos que nuestro querido Padre Velazco, que al pasar frente al tablado, me gritó: «Adioij señor Juejj». El toro no pudo botarlo y nuestro hombre convertido en un torero -como buen español- se apeó, toreó un rato, y en la lidia salió victorioso, sonriente y aplaudido, regresó a su iglesia. A decir verdad, a nadie le chocó que aquel sacerdote luciera también el arte de torear, sin crueldad. Una humorada no contrasta con el culto religioso. La alegría es virtud del espíritu.



EJEMPLO DE GOBERNANTE

—Don Adán, a propósito del Banco Internacional (hoy Nacional de Costa Rica), cuyo cincuentenario de origen y erección ha sido festejado suntuosamente, con pompa merecida, ¿qué más podría usted decirnos?

Y nos contestó solícito y jovial:

—Hombre, uno de los sucesos más importantes, posteriores a la fundación del Banco Internacional de Costa Rica, fue la quiebra del Banco Comercial, cuyo Gerente era Mr. Scott. Fue alarmante, y las gentes corrían de un lado para otro; y el pánico que causó la suspensión de pagos, conmovió la sociedad y excitaba compasión ver a los pobres sacrificados llorando, sentados en el cordón de la acera del Banco, con sus cheques y depósitos incobrables. Nadie sospechaba la crítica situación de aquel Banco, y la sorpresa casi vuelve-locas a las víctimas de aquella bancarrota.

Al ver aquel desastre, salí corriendo a la Casa Presidencial, a comentar con mi amigo Alfredo, la desgracia y le dije: «Mirá Alfredo, una quiebra de Un Banco, en un pueblo pobre, es desesperante y provoca hasta una revolución; ahora sí que nos llevó quien nos trajo». «Hombre, no seas exagerado, me dijo con calma; nada: hay que temer, tenemos el banquito que acabamos de crear y que ha de salvarnos». Y con aquel ánimo y serenidad que Alfredo se gastaba; y su talento y sabiduría de gobernante, me dijo: «A. ver con rapidez, traeme el libro de decretos y acuerdos para que escribás este: «Alfredo González Flores, Presidente de la República, en vista de la grave situación creada por la insolvencia del Banco Comercial; y con el propósito de impedir el curso de sus efectos peligrosos, DECRETA: El Gobierno de la República ASUME el pasivo del Banco fallido. Los cheques y demás documentos de crédito exigibles, serán pagados con billetes del Banco Internacional de Costa Rica».

Tal fue uno de los primeros beneficios del éxito del Banco Internacional. Cesó el temor, volvió la tranquilidad, desapareció el susto y los que tenían sus cheques, cobraron unos, otros los guardaron, nadie retiró sus depósitos; renació la confianza. Y en concurso de acreedores se tramitó tranquilamente la liquidación judicial de la quiebra.



CREACIÓN BANCO NACIONAL

Los suscritos, Diputados del Congreso Constitucional, teniendo a la vista el proyecto del Ejecutivo, para la fundación del Banco Internacional, declaramos:

- 1) Que las bases de la institución en proyecto responden fielmente a las necesidades creadas en nuestro suelo, en el orden económico, a causa del desastre europeo aparejado a la guerra.
- 2) Que la creación del Banco Internacional, de acuerdo con las bases a que nos referimos, no sólo representan la salvación de las empresas agrícolas e industriales, sino que comprenden el ensanchamiento y prosperidad de las mismas.

3) Que una vez establecido el Banco Internacional, es natural que por derivación inmediata se opere el requerimiento de todas las actividades alentadas por la multiplicación del medio circulante que vendrá a facilitar las transacciones, y una disminución de interés que aliviará notablemente la situación de los deudores.

4) Lo creemos y así lo declaramos también, que la emisión que realice el Gobierno, de cuatro millones de colones, por medio del Banco Internacional, será una garantía en vez de amenaza, para la estabilidad del talón de oro, si se atiende a que dicha emisión tendrá como respaldo la valiosa caución del Gobierno, y vendrá a mantener y fomentar la agricultura, única capaz de producir oro, y por lo mismo, de mantener esa base monetaria en el país. Por todo lo anterior, declaramos es nuestra opinión que el Ejecutivo debe proceder cuanto antes a efectuar el establecimiento del Banco Internacional, de acuerdo con las bases a que nos hemos referido. En este empeño, el Ejecutivo puede contar con nuestro apoyo.

San José, 30 de setiembre de 1914.

Máximo Fernández – Rafael Calderón Muñoz – Leonidas Pacheco – Tob. Zúñiga Montúfar – F. de P. Amador Enrique Pinto – Alberto Calvo F.- Adán Acosta – M. Romero Escobar Marcial Alpízar – Alberto Vargas Calvo Tranquilino Sáenz Bernardo Benavides Enrique Chaverri A. Rafael L. Calvo Juan F. Picado Carlos Leiva O. – Juan Alfaro V. – Luis Castaing Alfaro – Horacio Castro – José Joaquín Soto A. – Leonidas Briceño V. Lachner – R. Rivera B. – C. González Rucavado – León Cortés – Manuel Coto Fernández – Juan R. Flores – Alberto Chaverri – José J. Esquivel.

En caso de que los Bancos rehúsen los arreglos propuestos por el Ejecutivo, en nota de ayer, estimo como buenos los medios adoptados para la fundación del Banco Internacional.

Octubre 3 de 1914.

Manuel J. Jiménez.

Suscribieron esta misma razón Juan María Solera, F. Aguilar B. y Nicolás Orlich.



EL VERDADERO DUEÑO

Nos contó el distinguido historiador, el culto amigo profesor don Luis Felipe González Flores, que cuando fue derrocado su hermano el licenciado don Alfredo González Flores, de muy grata recordación para los costarricenses, el General don Federico A. Tinoco Granados llamó al licenciado don Adán Acosta Valverde, íntimo amigo de don Alfredo, para rogarle entregara a éste los papeles y demás cosas de su pertenencia personal.

Cuando el licenciado Acosta Valverde recibió el paquete y se disponía a abandonar la residencia, oyó al General Tinoco Granados que le decía:

—Y vos Adán, ¿qué puesto querés que te dé?

Al instante, el licenciado Acosta Valverde le respondió:

—Dame la Presidencia para entregársela a su dueño.



ITINERARIO

Don Adán era conocido por mucha gente debido a su bondad y deseo de servir. Recordaba a mucha gente y a otros los reconocía, pero en ocasiones olvidaba sus nombres.

Un buen día, estando parado frente a la esquina del Gran Hotel Costa Rica, paró el famoso tranvía de aquellos buenos tiempos en su recorrido fijo de San Pedro a La Sabana, y el motorista, reconociendo a don Adán, le dijo:

Adiós, don Adán ...

A lo que don Adán le contestó:

—Adiós, amigo, ¿PARA DÓNDE VA? ...

¡Para dónde iba a ir el pobre motorista!



CONCEPTOS CONFUNDIDOS

Siendo nuestro don Adán Alcalde de Grecia, llegó a visitarlo el recién llegado don Guillermo Niehaus, el padre y progenitor de esta familia que hace tantos años convive con nosotros, y le expuso el siguiente problema:

Hay unos puollos que se meten en mi finca y destruyen los sembrados. ¿Qué me aconseja usted hacer?

A lo que don Adán le contestó:

—Pues la ley dice que tratándose de aves de corral, usted los puede matar, don Guillermo.

Poco tiempo después trajeron a don Guillermo detenido, pues como no hablaba bien español en lugar de BUEYES dijo PUOLLOS y había acabado con tres preciosos bueyes del vecino.



ALGO QUE DEBIÓ QUEDARSE AQUÍ

Tenía don Adán una secretaria famosa por sus bien torneadas y bellas piernas. En cierta ocasión la secretaria hizo un viaje a Nueva York, y los amigos de don Adán sólo llegaban a preguntar por el paradero de la hermosa joven. Don Adán, contestando a uno de los preguntones le dijo:

Pues hombre, se fue Fulanita para Nueva York, y lo peor es que SE LLEVÓ LAS PIERNAS.

Qn

Memotian

In Memoriam

Descansa en paz,

Oh digno padre amado. Descansa en paz

Y que no turbe tu sueño, La más leve inquietud. De nuestro empeño,

En conservar de tu memoria santa, La más alta lección,

Estad seguro,

Pues tras de ti dejaste Un noble ejemplo.

Tu amor fue la familia, Tu pasión el trabajo,

Tu divisa el deber.

Padres como tú, desde la Gloria,

Verán cómo en sus hijos su memoria, Se ha convertido en dorado templo, Teniendo como base,

La unión que tú nos enseñaste.

ORACIÓN

Las lágrimas que por él derramamos son justas. Era nuestro tesoro y todo nuestro consuelo y nos ha sido arrebatado. Que se haga tu santa voluntad y por tu infinita misericordia, dad a su pobre alma un lugar en tu Gloria y a nosotros una mirada embriagada de consuelo para soportar tan duro sufrimiento.



MISERICORDIOSÍSIMO JESÚS

Dad el descanso eterno al alma de nuestro querido padre y abuelo

Adán Acosta Valverde

(q. e D. g.)

Falleció el 21 de Octubre de 1965.



RECUERDO DE SU MISA DE SETIMO DÍA.

SUS HIJOS Y NIETOS

San José, 28 de Octubre de 1965.

AQUEL MUTISMO HURAÑO

(Después del sepelio del Lic. don Adán Acosta V.)

*A flor de labio siempre, talentosa sonrisa.
Su frase de cariño dio a cada semejante.
Y el golpe de su ingenio -sagaz a toda prisa-
para el dardo agresivo fue bondadoso guante.*

*Honró la plaza donde situó su hidalgo liza.
En la Cámara fue batallador galante.
En la Contraloría, de lo justo, divisa.
¡Y alumbraba en el Foro como estrella radiante!*

*Por eso la mañana -a un tiempo clara y triste-
era un enigma ambiguo que al silencio invitara
tal si quisiese el cielo oír su último chiste ...*

*Quizás también por eso aquel silencio extraño
de los claustros honrados con su planta preclara ...
¡Lágrimas y recuerdos en un mutismo huraño!*

RAFAEL ORTIZ C.

San José, 21 de octubre, 1965.

"GALERA"

El fallecimiento del Lic. Acosta Valverde, es la desaparición de una andante institución popular, en la acepción de que es aceptable y grata al pueblo.

Fue una institución de la jovialidad y del civismo, y también ejemplar por su devoción al trabajo.

A su avanzada edad, no supo lo que fue gozar de una jugosa pensión y vivir tranquilamente.

Siempre airoso, alegre y cordial en el yunque del trabajo. No le doblegaron los años, ni se dejó dominar por el tiempo.

Sostuvo un permanente desafío con los años, de los que se burlaba risueñamente. Su imaginación festiva no le permitió amargarse la existencia.

Y si tuvo amarguras, pena inexorable de la vida, de la cual ningún hombre escapa, fueron indiferentes para él, las desdenó o disimuló elegantemente, risueñamente, contando una de sus felices ocurrencias o tejiendo uno de sus hilarantes chistes.

La muerte de don Adán deja un vacío en el sentimiento nacional, tiene repercusiones sensibles en el alma del pueblo. Llegó a éste a través de mil anécdotas del más rancio sabor tico.

Ese fino y abundante humor de don Adán, fue manjar sabroso para sus compatriotas.

Pero no fue simplemente un hombre de chispa don Adán. Fue un hombre entero, un ciudadano íntegro, un funcionario fiel. Cuando la traición derribó al amigo, al Presidente, su carta se la jugó a la lealtad, sin ambigüedades. Limpiamente, valientemente, honrosamente. No supo de cobardías acomodaticias.

Esa sabrosa risa suya, con la cual subrayaba su rico ingenio, la recordaremos siempre como la rúbrica sonora de un hombre de bien, con la cual a tantas vidas hizo sonreír.

Intempestivamente se nos fue don Adán. La muerte se agazapó y de un golpe artero y seco lo arrebató hacia la eternidad.

Debió hacerlo así, porque no quiso entablar una lucha con aquel roble venerable. Lo respetó largamente, a manera de una dádiva con sus contertulios, que formaron una extensa cofradía en el país, en contacto directo o indirecto con don Adán.

Dichoso él que sobrevivirá en la memoria de sus semejantes, a través de un recuerdo precioso, digno por su consagración ininterrumpida al trabajo y agradable por la riqueza de su colección de anécdotas pintorescas.

¿Qué broma le habrá gastado don Adán a San Pedro al arribar a la puerta del Cielo?

En medio de los apuros del Apóstol por atender a tantos miles de clientes, todavía debe estarse carcajeando ...

(Tomado del vespertino "La Prensa Libre").



MINUTO DE SILENCIO

La Asamblea Legislativa rindió un homenaje a la memoria del Lic. don Adán Acosta V., insigne servidor público que desempeñó brillantemente posiciones de diputado, Contralor de la República y algunas otras, muriendo al pie del trabajo sin vacilaciones durante toda su vida.

Se guardó un minuto de silencio en recuerdo de don Adán Acosta, homenaje que por cierto, es muy merecido.



EL SENTIDO FALLECIMIENTO DEL LIC. DON ADÁN ACOSTA VALVERDE

Un duelo social muy sentido constituye la muerte del distinguido profesional Lic. don Adán Acosta Valverde, cuyo solo nombre es un símbolo de virtudes, de rectitud, de honorabilidad sin tacha, de hombría de bien.

Muere a avanzada edad y su larga vida fue un constante ejemplo de nobleza y generosidad, una demostración de cómo es posible ser siempre, por sobre todo, digno, laborioso, recto y honrado, siendo a la vez que funcionario probo, un modelo de esposo y padre ejemplar.

En esta hora de profundo, pesar nos unimos al dolor que embarga a los suyos y hacemos presente nuestro sentimiento de simpatía a sus hijos Dr. don Alfonso Acosta Guzmán y

doña Emma de Acosta, don Alvaro Rojas Quirós y doña Victoria Eugenia Acosta de Rojas, señoritas María Cristina y Ester Acosta Guzmán, a sus nietos Abelardo y Hazel de Rojas, Alfonso y Rose Marie de Rojas, Willy y Esmeralda de González, Sonia María y Alfonso Acosta Himmel, Ligia Rojas Acosta y demás miembros de la distinguida familia doliente.

(Tomado del diario "La República").



"CHISPORROTEOS"

Es menester, si esta columna es, como se pretende, una columna liviana y de buen humor (que rara vez lo pierde), que dediquemos hoy un recuerdo emocionado a la memoria del Lic. Adán Acosta, que falleció en estos días a muy avanzada edad.

Porque el Lic. Acosta era el más humorista espíritu que hemos conocido. Un hombre con la chispa a flor de labio, lleno de inagotables e inteligentes ocurrencias, con quien no se podía conversar cinco segundos sin soltar una estruendosa carcajada.

Era el Decano del Colegio de Abogados. Se acercaba a los 90 años. Sin embargo, murió al pie del cañón, trabajando, sin procurar acogerse a pensiones u otros beneficios, que tenía bien ganados.

No le vimos en sus últimos días. Pero estamos seguros de que murió haciendo chistes. Y de que ya le habrá colocado alguno a San Pedro.

Espíritu singular el de don Adán. Y conste que no era tampoco hombre totalmente tranquilo: en los días de don Alfredo González tuvo participación política activa y brava y como gonzalista de los buenos, la tuvo también en las luchas contra la tiranía de Tinoco.

Pero aquí lo vamos a recordar como el hombre del humor fino y oportuno, como el hombre viejo que daba a los jóvenes lecciones de optimismo, de amor a la vida, de humor infatigable.

En ese terreno, profundamente humano, amable y estimulante, no tenía paralelo.

Y es que, a la larga, todo eso lo debía a un hecho concreto, que fue el de haber descubierto el secreto de la eterna juventud.

("La República", 30 de octubre de 1965).



EN SU RECUERDO, LIC. ADÁN ACOSTA VALVERDE

La Voluntad Divina ha decidido separar de este mundo terrenal a uno de los más ilustres ciudadanos que recuerda nuestra memoria. Su recuerdo sin embargo, permanecerá latente en nuestros corazones. Amigo generoso y noble, de

exquisita cultura, tuvo para todos, sin diferencia, el trato amable y la expresión oportuna de su genuina chispa de hombre talentoso y optimista. Sirvió durante cincuenta años altos puestos en la Administración Pública, con la corrección y honestidad más grandes, mereciendo sus actuaciones el respeto y cariño de sus subalternos.

Para su apreciable familia, mi más sentida condolencia, con fervientes votos porque la resignación y el sosiego llegue pronto a sus afligidos corazones.

Humberto Peralta A.

("La Prensa Libre", 23 de octubre de 1965) .



PESAR EN SANTA CRUZ DE GUANACASTE POR LA MUERTE DEL LIC. DON ADÁN ACOSTA VALVERDE

RADIOGRAMA

Santa Cruz, Guanacaste,
Costa Rica, 23 octubre 65.

"La Nación"

San José.

Santa Cruz de Guanacaste de duelo por la muerte del licenciado Adán Acosta Valverde. Fundó el Juzgado Civil y del Crimen en esta ciudad, convivió con nosotros por varios años, y siempre profesó especial cariño para este pueblo que hoy lamenta su partida. Q. de D.G.

Sus amigos santacruceños,

Antonio Cruz C.



EL GOBIERNO QUIERE HOMENAJEAR A LOS QUE TIENEN MAS DE 60 AÑOS Y SIGUEN TRABAJANDO

El Ministerio de Gobernación y Policía está preparando un homenaje nacional a servidores del Estado que tienen más de 60 años de edad y siguen trabajando en forma ejemplar sin pensionarse.

Para el mes de julio el Ministro- Urbina hará un homenaje a viejos empleados de Gobierno que se encuentran en esta condición ejemplar de trabajo bíblico, sostenido y dinámico. Entre ellos se cuenta el Director del Registro de Prendas, Lic. Adán Acosta, con unos 60 años de trabajo para el Estado y los, señores Reinaldo Soto (Director de Telégrafos), Manuel Montero (Director de la Imprenta Nacional), Juan Vega (tipógrafo de la I. N.), Juan Rivera (telegrafista) y Octavio Rojas (radioperador), que tienen más de 50 años de trabajo continuo para el Gobierno.

CORTA BIOGRAFÍA DEL LIC. ADÁN ACOSTA VALVERDE

Nació en San José, el 17 de agosto de 1878.

Mientras trabajaba en el Telégrafo Nacional estudiaba en nuestra antigua Escuela de Derecho, habiéndose graduado en 1900, siendo a su muerte el Decano de los Abogados costarricenses.

En 1902 fue nombrado Alcalde de la ciudad de Grecia. Pasó luego a servir el primer Juzgado en Santa Cruz de Guanacaste, el más importante Circuito Judicial de aquella Provincia.

Fue más tarde trasladado a San Ramón. como Juez.

En 1907, lo ascendieron, nombrándolo Juez Primero Civil de la ciudad capital.

Durante tres períodos fue Diputado y Primer Secretario del Congreso, hoy Asamblea Legislativa,

Durante el Gobierno del Lic. don Alfredo González Flores, fue el hombre de más confianza del Presidente y, como en esa época no existía el Ministerio de la Presidencia, él fungía como tal, es decir, como Ministro sin Cartera.

Fue miembro de las Juntas Electorales Provinciales de 1924 a 1926.

En 1922 el Congreso lo nombró Sub-Jefe de la Oficina del Control, hoy Contraloría de la República.

En 1930 el Congreso lo ascendió a Jefe de la Oficina del Control, puesto que desempeñó hasta el año 1948, en que el Gobierno de la Segunda República disolvió dicho centro.

Fue como profesional empleado judicial en los puestos anteriormente mencionados. Liquidador de la quiebra del Banco Comercial.

Varias veces ocupó puestos en la Junta Directiva del Colegio de Abogados.

Falleció el 21 de octubre de 1965, ocupando el puesto de Jefe de la Oficina de la Prenda en la que trabajó hasta pocas horas antes de su muerte.

Durante sus 65 años al servicio de la Patria, NO solicitó una vez siquiera sus vacaciones de ley reglamentarias, ni faltó al cumplimiento exacto de sus deberes.

